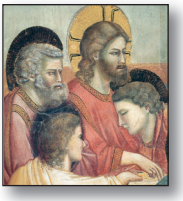

«Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí»

Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación

Rímini 2012

Suplemento de la revista *Huellas – Litteræ Communionis*, n. 6, junio de 2012

«YA NO VIVO YO, ES CRISTO QUIEN VIVE EN MÍ»

Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación

Rímini 2012

© 2012 Fraternità di Comunione e Liberazione
Traducción del italiano: Belén de la Vega

En portada: Giotto, *Última cena* (detalle), Capilla de los Scrovegni, Padua.

Ciudad del Vaticano, 20 abril 2012

Don Julián Carrón
Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación

Reverendo Señor,

con ocasión de los Ejercicios Espirituales para los miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación presentes en Rímini, Usted ha querido manifestar al Santo Padre Benedicto XVI sentimientos de devota y afectuosa cercanía, asegurando particulares oraciones por Su Ministerio universal de Sucesor del Apóstol Pedro.

El Sumo Pontífice, a la vez que expresa vivo aprecio por la loable iniciativa de esta Fraternidad, agradece la muestra de respeto y los sentimientos de veneración que la acompañan y, al tiempo que desea que la experiencia del contacto con Cristo vivo suscite renovados propósitos de generoso testimonio eclesial, en el surco fecundo trazado por el benemérito sacerdote mons. Luigi Giussani, invoca una abundante efusión de los dones pascuales de alegría y de paz, y gustosamente le envía a Usted y a los participantes en el encuentro espiritual la implorada Bendición Apostólica, haciéndola extensiva a los seres queridos.

Con sentimientos de atento respeto me confirmo devotísimo en el Señor.

***Monseñor Angelo Becciu**, Sustituto de la Secretaría de Estado de Su Santidad*

Viernes 20 de abril, por la noche

A la entrada y a la salida:
Johannes Brahms, Sinfonía n. 4 en mi menor, op. 98
Riccardo Muti – Philadelphia Orchestra – "Spirto Gentil" n. 19, Philips

■ INTRODUCCIÓN
Julián Carrón

Sea cual sea el sentimiento de sí mismo que tiene cada uno de nosotros esta noche, la percepción que tiene de cuanto está sucediendo al venir aquí, Dios nos ofrece un gesto como nuestros Ejercicios para responder a nuestra vida a través de un hecho, como juicio desde el que retomar el camino, cualquiera que sea el punto en que nos encontremos.

Al comienzo de este gesto nuestro, pidamos al Único que puede hacerlo que abra de par en par nuestro corazón a la gracia que se nos va a dar estos días: el Espíritu de Cristo.

Desciende Santo Espíritu

Os saludo a cada uno de vosotros aquí presentes, y a todos los amigos que están conectados con nosotros desde distintos países, y también a todos aquellos que participarán en los Ejercicios en las próximas semanas desde distintos rincones del mundo.

La afirmación del carácter positivo de la realidad nos ha desafiado a todos; la gran variedad de reacciones ha puesto al descubierto un flanco desprotegido, signo de la incidencia que tiene en nosotros la mentalidad común: se trata de una percepción de la realidad y de nosotros mismos caracterizada en el fondo por una duda terrible, corrosiva, acerca de la consistencia y el destino de la vida, de todas las cosas. Cuántas veces hemos escuchado repetir: «Pero, ¿es verdad que la realidad es siempre positiva? ¿Cómo podemos decir esto frente a todo lo que sucede? Delante del drama de la vida, ¿hay algún punto que se mantenga en pie?». De forma soterrada, más allá de un primer estrato de discursos y de multitud de actividades (en las que estamos implicados), puede acompañarnos una cierta negatividad, que sale a la luz en ciertos momentos en los que se acentúan la dificultad y la contradicción. Detrás de una fachada más o menos triunfalista existe un malestar. Como me escribe uno de vosotros: «A veces percibo un cierto

malestar. Vivimos una especie de triunfalismo en lo que hacemos, mientras que por otro lado nuestra vida tiene el tono trágico de una existencia sin esperanza». Esta sombra que se cierne sobre la positividad última, sobre la consistencia de la realidad, no es una cuestión para estudiosos, para expertos en el tema, sino que nos afecta a todos, y tiene una consecuencia inmediata: la inconsistencia del "yo". Os leo lo que dice otra persona: «En estos últimos tiempos me he encontrado con personas en las que esta condición de inestabilidad en la que vivimos ha hecho salir a la luz una fragilidad humana. Ante estas relaciones me surge una pregunta: ¿dónde reside la consistencia de mi persona?».

Pero la pregunta puede ser todavía más dramática, como se muestra en esta carta: «Querido Julián, quería contarte lo que está saliendo a la luz con claridad en mi vida a lo largo de estos meses ante la enfermedad de una amiga. Quiero partir de un aspecto que me ha escandalizado enseguida, que no habría querido descubrir en mí, pero que luego ha empezado a ser el punto de partida para entrar en la verdad, es más, diría que es el único punto del que puedo partir para vivir con verdad. Delante de todo lo que estaba sucediendo me di cuenta de que muchas cosas que en estos años he escuchado y cuya verdad y pertinencia he reconocido con sinceridad (y que he repetido a otros con frecuencia), no habían adquirido la consistencia suficiente como para mantenerse en pie ante lo que estaba pasando. Me di cuenta con claridad uno de los primeros días que iba al hospital a visitar a mi amiga. En un momento dado percibí que yo, delante de ella y de su situación, tenía las mismas preguntas que el padre de Eluana; tal cual, unas preguntas no resueltas. Delante de mi amiga en coma, ¿qué podía decir? ¿Acaso no sería mejor morir? ¿Qué es el misterio del "yo"? Me asustaba caer en la cuenta de que tenía estas preguntas. Muchas personas a mi alrededor pedían un milagro, pero en mi caso la cuestión tocaba un punto que ni siquiera el milagro de su curación habría resuelto. También yo quiero que se cure, pero hay una exigencia mayor en mí, porque aunque ella se curara, antes o después me sería arrebatada de nuevo, yo le sería arrebatado a ella y a los demás. ¿Quién salva toda su persona, toda mi persona? ¿Quién salva todo? Me escandalizaba y me asustaba esta humanidad mía tan distinta de la imagen que tenía de cómo habría que estar ante una circunstancia como esta, y me veía más árido que apasionado, no tenía palabras ante lo que sucedía. Se ponía de manifiesto una inconsistencia de mi persona que habría preferido no tener que mirar. Era como si la herida de mi incapacidad, mi indigencia e impotencia para ser verdadero, saltase de repente de forma descarada. Una desproporción insalvable. Pues bien, esta es mi humanidad verdadera, esta congoja por la imposibilidad de ser verdadero,

de estar ante la realidad con verdad, aunque sólo sea un instante: ahí te das cuenta de que eres necesidad desde el origen de tu persona, no después de algún paso que consigues dar. Necesidad total. Y entonces, justamente esta humanidad que no habría querido tener que mirar, se ha convertido en la puerta para empezar a entrar en la realidad de forma verdadera. Tenía mucho interés en contarte todo esto porque me doy cuenta de que el gran trabajo que se me pide es aceptar la lucha por recuperar continuamente mi auténtica humanidad (y esto no es automático, es más, ¡requiere mucho trabajo!) para seguir por el camino que nos estás indicando».

Esta carta expresa el alcance del desafío contenido en la afirmación de la positividad de la realidad. No sería suficiente el milagro de la curación, con el que a veces queremos contentarnos, para dejar de mirar a la cara la verdadera cuestión: «También yo quiero que se cure, pero hay una exigencia mayor en mí, porque aunque ella se curara, antes o después me sería arrebatada de nuevo, yo le sería arrebatado a ella y a los demás. ¿Quién salva toda su persona, toda mi persona? ¿Quién salva todo?». Es decir: ¿hay algo que impida que todo acabe en la nada? Nuestro amigo intuye que la respuesta tiene que ver con la recuperación de su verdadera humanidad. Me asombra que se haya puesto de manifiesto tan claramente entre nosotros, porque identifica el rasgo fundamental de nuestra cultura, que nos impregna mucho más de lo que pensamos.

¿Cuál es este rasgo de nuestra cultura?

De nuevo don Giussani nos ayuda en este aspecto. En 1994, en una entrevista concedida a la revista *30Giorni*, indicaba el nihilismo como «el carácter mortal de la cultura moderna, tal como es sufrida por todos en la actualidad en cuanto mentalidad común […]. El nihilismo es la consecuencia inevitable, ante todo, de una presunción antropocéntrica [nuestra] según la cual el hombre es capaz de salvarse por sí mismo». Es un nihilismo que tiene raíces antiguas, en la «rebelión de los siglos XVII y XVIII, en ciertos aspectos incluso antes, en el mismo protestantismo, hasta llegar a nuestros días. […] Como símbolo de lo que quiero decir […], explico siempre a los chicos la poesía de Montale: "Tal vez una mañana caminando en un aire de vidrio, / árido, volviéndome, veré hacerse el milagro: / la nada a mis espaldas, el vacío detrás de mí, con terror de borracho. // Luego, como en una pantalla, acamparán de pronto / colinas casas árboles para el común engaño. / Pero será muy tarde; y yo me iré callado, / en medio de los hombres que no se vuelven, con mi secreto"»[1].

[1] L. Giussani, «C'è perché è presente», entrevista a cargo de G. Andreotti, en *30Giorni*, n. 10, 1994, pp. 11-12.

La nada a mis espaldas y el vacío detrás de mí: la poesía de Montale dice algo que todos nosotros, como hombres adultos, conscientes, conocemos perfectamente y constatamos continuamente: que las cosas no tienen consistencia en sí mismas, que nos muestran un carácter efímero. A partir de esta «percepción vertiginosa de la apariencia efímera que tienen las cosas se desarrolla como capitulación y negación engañosa la tentación de pensar que las cosas son ilusión y por tanto nada». Es decir: «Las cosas que tienes, las personas con las que vives, o no son nada (nihilismo) o bien son parte indistinta – y por tanto tú eres parte indistinta – del Ser». Por consiguiente, «o nihilismo o panteísmo. Estas posturas constituyen hoy día la respuesta última a la que todos se abandonan y que nos abarca a todos a falta de un apoyo sólido y claro»[2].

¿Por qué se produce esta falta de apoyo sólido y claro que nos hace ceder al nihilismo o el panteísmo? Porque muchas veces nuestro sentido religioso es sentimental y no está comprometido en un trabajo. Lo más impresionante es la conclusión que extrae don Giussani; a falta de este trabajo, que habría proporcionado un apoyo sólido y claro, ¿dónde puede buscarse la solución? Nihilismo y panteísmo tienen en común «la confianza en el poder, el codiciar el poder de cualquier manera que se conciba, en cualquier versión». El poder es afirmado «como única fuente, única forma de orden», como la única posibilidad de evitar el caos. «En el fondo, es la concepción de Lutero que lleva al Estado absoluto: ya que todos los hombres son malos, es mejor que haya uno solo que mande, o que manden pocos. [...] ¿Cómo se pasa del nihilismo y del panteísmo a tener como objetivo el poder? Si el hombre, al reducirse en última instancia a una mentira, es una ficción, se siente como una ficción, una apariencia de ser; si su "yo" nace totalmente como parte del gran devenir, como simple resultado de sus antecedentes físicos y biológicos, no tiene ninguna consistencia original: [...] tanto el panteísmo como el nihilismo destruyen lo más inexorablemente grande que hay en el hombre; destruyen al hombre como persona»[3].

Esta es la consecuencia extrema del nihilismo y del panteísmo: destruyen nuestro "yo". En otro texto don Giussani lo dice con una fórmula fulminante: «El nihilismo no ve necesariamente el mundo reducido a cenizas y a nada; lo que el nihilismo reduce a cenizas y a nada es el "yo", el sujeto»[4]. Y nosotros percibimos tal reducción en nuestra inconsistencia, en

---

[2] L. Giussani, *El hombre y su destino. En camino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 13.
[3] *Ibidem*, pp. 14-15.
[4] L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, Bur, Milano 1996, p. 401.

nuestra incapacidad de estar en la realidad; por eso nos asalta el terror ante ciertas circunstancias o momentos de la vida.

Sólo podremos salir de esta situación, de esta reducción evidente del yo en la que todos caemos muchas veces, si nos comprometemos a hacer un trabajo que nos permita recuperar nuestra auténtica humanidad, es decir, que nos haga conscientes de dónde se halla la consistencia original de nuestro "yo". Es necesario que el hombre – cada uno de nosotros – rechace reducirse a ese positivismo racionalista que le lleva al nihilismo o al panteísmo: de hecho, ambos son hijos de un racionalismo que reduce el signo a apariencia, de un positivismo asfixiante que amputa la capacidad de la realidad de remitir a algo distinto y la encierra dentro de su propia medida. Por eso la afirmación de la positividad de la realidad ha supuesto un desafío para todos, porque ha desafiado nuestro racionalismo, nuestra forma de usar la razón, reducida a medida de todo – esta es nuestra presunción –, y ha puesto en evidencia nuestra resistencia (somos como todos) a reconocer el Misterio como parte de la realidad. El positivismo que nos suele determinar permanece escondido, casi sin que seamos conscientes de él, hasta que una situación dramática lo hace aparecer ante nuestros ojos con toda su potencia.

¿Cuál es, entonces, el apoyo sólido y claro que puede resistir en esta situación? ¿Qué podemos hacer? ¿Cuál es el camino que podemos recorrer para no estar a merced de cualquier circunstancia, dominados siempre por el miedo a la nada? Es interesante comparar la respuesta que ofrece don Giussani con la que damos nosotros muchas veces. Algunos han tratado de responder al nihilismo que brotaba desde el fondo de su alma remitiéndose a Cristo, pero dejando intacta la sustancia del juicio. Es decir: la realidad es negativa y lo sigue siendo, pero para nosotros existe un remedio, una compensación, que sería Cristo. Por una parte se sigue afirmando una ontología negativa (como hacen todos); por otra, se invoca la fe – de este modo permanece la fractura que denunciábamos hace años –, pero la concepción de la vida, de la muerte, de la realidad, queda sin tocar, simplemente se ve recubierta de forma fideísta. Giussani no sigue ese camino. El nihilismo implica un uso reducido de la razón, que puede además trasladarse de forma idéntica a Cristo («¿Por qué tenemos que decir "Cristo"?», decimos muchas veces ante ciertos hechos). Si nos saltamos el problema, este vuelve a plantearse tal cual frente a Cristo. No hay atajos, amigos.

¿Qué es lo que nos hace falta para responder a esta situación, para encontrar ese apoyo sólido y claro que necesitamos para estar en la realidad como hombres, para encontrar de nuevo la consistencia que impida que seamos absorbidos por las circunstancias, por la crisis, por la opinión de los demás?

De nuevo don Giussani viene en nuestra ayuda.

Primero: «La impostura implícita en la postura nihilista consiste en negar lo evidente, en el hecho de que no se puede decir que todo sea nada, que a mis espaldas esté la nada: se dice que la última palabra es la nada cuando, en cambio, las cosas existen. [...] Hace falta por un lado retomar la evidencia que plantea la realidad, que es la realidad en sí misma: ella no se puede reconducir y explicar con la nada»[5]. ¿Y cuál es la evidencia que plantea la realidad, que es la realidad misma? O también: «La realidad en su ser, la realidad tal como aparece ante la razón del hombre, ¿cómo existe y de qué está hecha? La realidad que aparece ante el hombre está hecha por Dios, "de" Dios. El Ser crea de la nada, es decir, hace partícipe de sí mismo. Es la percepción del carácter contingente de la realidad, o sea, del hecho de que *la realidad no se hace por sí sola*»[6]. Atención, amigos, podemos darlo por supuesto – como hemos escuchado en la carta que he leído antes –, como algo ya sabido, sin mirarlo a la cara y sin llevar a cabo esa recuperación de lo humano, esa recuperación de una forma de usar la razón que nos permita de verdad no estar derrotados ante la realidad. ¡Pero todos sabemos hasta qué punto no podemos dar todo esto por sabido, hasta qué punto no nos es familiar en nuestra forma de relacionarnos con la realidad!

Ahora bien, al igual que la realidad existe, yo también existo; formo parte de ella. Por eso, nos dice de nuevo don Giussani, «el único misterio verdadero es, por lo tanto, este: ¿cómo es que existo? ¿cuál es mi consistencia? [...] Estas preguntas identifican el nivel ontológico – no ético – de la cuestión»[7]. La existencia del "yo", de su libertad, de sus exigencias originales, demuestra Algo distinto, remite a Otro, es signo de un Más allá: si no existe esta conciencia, si esta conciencia no se vuelve familiar, no existo yo. Esta es la verdadera estatura del corazón del hombre, y nadie puede saciarla con sucedáneos, ya sean el dinero, el éxito o el poder. Somos reclamados constantemente a la verdadera naturaleza de nuestro "yo", a la verdad de lo que somos, porque no hay nada, salvo ese Otro, que pueda satisfacer el corazón del hombre, y por tanto el corazón de todos, dentro de la sociedad. Pero sabemos muy bien hasta qué punto incide en nosotros la mentalidad común, hasta qué punto está enraizada en nosotros y nos empuja a buscar satisfacción donde la buscan todos. Desde siempre, nuestra historia ha tenido que hacer cuentas con la incoherencia de la persona ante la verdad de la propuesta cristiana – lo que siempre hemos llamado "in-

[5] L. Giussani, «C'*è perché è presente*», *en op. cit.,* p. 12.
[6] L. Giussani, *El hombre y su destino*, op. cit., p. 13.
[7] *Ibidem*, p. 17.

moralidad" frente a la verdadera moralidad, que es tensión continua hacia el Infinito –. Hoy podemos afirmarlo con mayor claridad aún; estamos llamados a esto. La incoherencia y la equivocación de uno son un reclamo para todos y para la conversión de cada uno.

Segundo: «Por otro lado, Dios ha entrado en esta realidad humana, en esta vida humana. No sólo con su misericordia, con su proceder misericordioso, con su misterioso proceder paterno, sino que ha entrado como hombre, nacido de una mujer. Dios, nacido como hombre de las entrañas de una joven mujer, es en cualquier caso un acontecimiento que sucede, que se introduce en el escenario de la vida del hombre. En virtud de esta noticia, hay un factor que no se puede anular impunemente, que no se puede olvidar fácilmente»[8], hasta tal punto es irreductible el acontecimiento cristiano.

Al igual que podemos decir que la realidad existe, podemos también afirmar que el acontecimiento cristiano existe, es irreductible: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos»[9]. Y este acontecimiento introduce una mirada sobre el hombre que lo hace irreductible a cualquier error. Es esa mirada que mañana veremos identificada en la mirada de Cristo a Zaqueo. El hombre no es en última instancia aquello que hace, sino que es esa relación con el infinito que Cristo afirmaba al mirar a las personas con las que se encontraba, sobre todo a los pecadores, hasta el punto de escandalizar a todos, igual que sucede hoy en día. Precisamente por haber encontrado esta mirada, podemos reconocer nuestros errores y nuestras equivocaciones sin justificarlos, porque una persona nunca deja de ser tal, sean cuales sean los errores cometidos – y habrá que probar que sean delitos –. Por eso, reconocer la objetividad del error y la necesidad de repararlo (algo que es siempre inmanente a una posición verdadera), no significa de ningún modo rechazar a la persona. Esta es la mirada que ha introducido Cristo en la historia. Muchas veces somos los primeros en escandalizarnos ante ciertos errores, nuestros o de los demás («¡Pero, ¿cómo es posible?!»). No se trata de negarlos, censurarlos o justificarlos; se trata de poderlos mirar para volver a empezar. Pero, ¿desde dónde se puede volver a empezar? «Sólo recuperando la memoria de Cristo, lleno de dolor por haberle olvidado, puede el hombre volver a emprender su camino en el ámbito de cualquiera de sus intereses y en todas sus formas de expresarse, ya que la memoria de Cristo es el contenido normal de la autoconciencia

[8] L. Giussani, «C'*è perché è presente», en op. cit.*, p. 12-13.
[9] *Mt* 28,20.

nueva del cristiano»[10]. En esta memoria se encuentra la fuente de la moralidad que permite retomar el camino, como tensión para empezar siempre de nuevo, de forma incansable, sea cual sea el error cometido. Aquí radica la moralidad de cada uno y de todo nuestro pueblo. Si es un individuo el que comete errores, siempre podrá retomar el camino y empezar de nuevo; si los errores son nuestros, también nosotros podremos retomar el camino, es decir, dejarnos educar. Es una moralidad que se dará únicamente como tensión y como petición, si nos dirigimos a Dios como mendigos, humillados y por eso humildes, con una certeza que se renueva cada mañana. Como nos enseñó siempre don Giussani citando a Eliot: «Bestiales como siempre, carnales, buscándose a sí mismos como siempre, egoístas y cegatos como siempre, pero siempre luchando, siempre reafirmándose, siempre reanudando la marcha por el camino iluminado por la luz; a menudo deteniéndose, vagueando, perdiéndose, retardándose, volviendo, pero sin seguir otro camino»[11].

Esta es la conversión que debemos pedir hoy (¡la que más necesitamos todos! ¡Todos!): vivir la fe como una experiencia porque, como dice don Giussani, «una fe que no pudiera percibirse y encontrarse en la experiencia presente, que no pudiera verse confirmada por ella, que no pudiera ser útil para responder a sus exigencias, no podía ser una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, *todo*, decía y dice lo opuesto a ella»[12].

Es imposible que un gesto de estas dimensiones se mantenga sin la contribución y el sacrificio de cada uno de nosotros en la atención a los avisos, al silencio, a las indicaciones que se nos dan. Cada una de estas cosas es la modalidad a través de la cual podemos pedir a Cristo que tenga piedad de nuestra nada, que nos conceda esa conversión que nos hace ser verdaderamente nosotros mismos. Sabemos perfectamente la necesidad que tenemos de ese silencio, que consiste en dejar que penetre hasta la médula cada cosa que se nos diga, para que este silencio se convierta en grito, en petición a Cristo para que tenga piedad de nuestra nada.

---

[10] L. Giussani, «C'*è perché è presente*», *en op. cit.*, p. 13.
[11] T.S. Eliot, «Coros de "La piedra"», en *Poesías reunidas 1909|1962*, Alianza, Madrid 1995, p. 182.
[12] L. Giussani, *Educar es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 19.

SANTA MISA

Liturgia de la Santa Misa: Hch 5,34-42; Sal 26(27); Jn 6,1-15

HOMILÍA DE DON STEFANO ALBERTO

Ante el realismo de Gamaliel (el tiempo mostrará si se trata de una obra humana o de Dios), se desvela el poder, cuyo intento de reducir la evidencia es tal (necesitan azotar a los apóstoles, repetir la prohibición de hablar en nombre de Jesús), que niega la evidencia de un bien, de una positividad inexorable, entonces y ahora. Cambian los instrumentos (no hace falta detallarlos, los conocemos perfectamente), pero el intento de negar la evidencia, la evidencia del bien, de la positividad inexorable de esta Presencia, tiene como raíz, en cualquier poder, el miedo a la novedad, la nada.

Pero el Evangelio nos hace ver que esta resistencia es también nuestra resistencia, la de los que pertenecen a Jesús, le siguen y le aman, pero que, ante Su iniciativa, reducen todo a su medida. Es el diálogo dramático de Cristo con los apóstoles, que se resisten: parece sentido común, realismo, pero es resistencia a su iniciativa. Pero la irreductibilidad de Cristo no cede a las lisonjas de la muchedumbre entusiasta, la muchedumbre que después de algunas horas le dejará solo en la sinagoga, escandalizada por la novedad de su mensaje. La irreductibilidad del Señor está en su relación filial, fundada en el Padre. Quien se da cuenta de esto, quien se abandona, vive de la misma irreductibilidad, no por una fuerza propia, sino por la belleza de una humanidad tan evidente que nada ni nadie – ni el poder ni nuestra fragilidad – podrá detener.

Así termina el relato de los *Hechos de los apóstoles*: «Ningún día dejaban de enseñar, en el templo y por las casas, anunciando la buena noticia acerca del Mesías Jesús» (*Hch* 5,42). En el templo (en la Iglesia), en las casas (en el mundo, en cualquier ámbito de la vida, sin excluir ninguno), esta Voz conmovida, apasionada, resuena a través de la fragilidad, de la precariedad de nuestras existencias.

Sábado 21 abril, por la mañana

A la entrada y a la salida:
Ludwig van Beethoven, Sonatas para piano
Wilhelm Backhaus, piano – "Spirto Gentil" n. 22, Decca

Don Pino. Hemos escuchado durante la entrada al salón La *Sonata n. 5* de Beethoven, el pasaje que, durante un año entero, tocaba Gaetano Corti a don Giussani todos los domingos por la noche, sin decir una palabra, cuando este volvía tardísimo, agotado por la intensidad de sus primeras iniciativas. Tratemos de identificarnos con la intensidad humana, con la vibración de la amistad como compañía al destino del otro. Esta intensidad humana no es en absoluto una cuestión de temperamento, sino de conciencia, esa conciencia que alberga el hecho de Cristo presente, que es, por tanto, memoria, reconocimiento de lo que está sucediendo ahora.

Angelus

Laudes

■ **PRIMERA MEDITACIÓN**
Julián Carrón

Un maestro a seguir

Comienzo leyendo el telegrama de Su Santidad: «Con ocasión de los Ejercicios Espirituales para los miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación presentes en Rímini, Usted ha querido manifestar al Santo Padre Benedicto XVI sentimientos de devota y afectuosa cercanía, asegurando particulares oraciones por Su Ministerio universal de Sucesor del Apóstol Pedro. El Sumo Pontífice, a la vez que expresa vivo aprecio por la loable iniciativa de esta Fraternidad, agradece la muestra de respeto y los sentimientos de veneración que la acompañan y, al tiempo que desea que la experiencia del contacto con Cristo vivo suscite renovados propósitos de generoso testimonio eclesial, en el surco fecundo trazado por el benemérito sacerdote Mons. Luigi Giussani, invoca una abundante efusión de los dones pascuales de alegría y de paz, y gustosamente le envía a Usted y a los participantes en el encuentro espiritual la implorada Bendición Apostólica, haciéndola extensiva a los seres queridos. Con sentimientos de atento

respeto me confirmo devotísimo en el Señor. Monseñor Angelo Becciu, Sustituto».

1. La autoconciencia del "yo"

«En efecto, cuando se estrecha a nuestro alrededor el cerco de una sociedad adversa hasta amenazar la vivacidad de nuestra presencia, y cuando una hegemonía cultural y social tiende a penetrar en nuestro corazón y agrava nuestras habituales incertidumbres, es que *ha llegado el tiempo de la persona*»[13], decía don Giussani en 1976.

En 1990 insistía en el Equipe de los universitarios: «En todas las circunstancias y contingencias de la vida, del mundo, de la historia, lo que cuenta, aquello desde lo que siempre se puede partir, es decir, lo que sostiene la novedad, la creatividad, tiene un lugar que se llama persona: es el sujeto, que se llama "yo" [...] Cuanto más duros son los tiempos, tanto más lo que cuenta es el sujeto, es la persona»[14].

De nuevo en 1998, invita a que le hagan una pregunta para poder respondernos, pues le interesa que comprendamos esto: «¿Por qué un movimiento como el nuestro insiste tanto en el "yo" y por qué sólo ahora esta insistencia?». «De primeras me haces reaccionar cuando dices "sólo ahora": ¡porque el comienzo del movimiento estaba dominado por el problema de la persona! Y la persona es un "hombre", la persona es un individuo que dice "yo". Durante mucho tiempo fuimos los únicos en sostener – incluso con cierta preocupación por exagerar –, que el "yo" es la autoconciencia del cosmos, es decir, que la realidad entera está hecha para el hombre. En la concepción cristiana, Dios, al crear el mundo, tenía como finalidad la afirmación de la persona. Por eso ahora decimos que el cosmos entero alcanza su vértice, su cima más alta, en la autoconciencia; es como una pirámide en cuyo vértice se despliega la autoconciencia: dentro de la naturaleza, en todo lo creado, la autoconciencia de sí es el "yo". Por ello, el mundo, el cosmos, tendría significado aunque hubiera un solo "yo". La autoconciencia del cosmos es como el desafío de Dios: "He creado para que hubiera una criatura que tomara conciencia del hecho de que Yo soy todo, hago todo, estoy haciendo todo". De hecho, la religiosidad es

[13] Conversación mantenida durante los Ejercicios del CLU el 7 de diciembre de 1976; publicada en L. Giussani, «È venuto il tempo della persona», a cargo de Laura Cioni, *Litterae Communionis CL*, n. 1, Milán 1977, p. 11.

[14] Equipe del CLU, Milán, 10 febrero 1990, Archivo de CL.

el corazón del hombre, el corazón del "yo", y se explicita como deseo de felicidad y como razón que determina todas las definiciones que damos a las palabras. Razón es conciencia de la realidad según la totalidad de sus factores. Y la moralidad es el nexo entre la acción, una acción del "yo", una acción consciente, y todo lo creado, el orden. Son dos definiciones fundamentales para nuestra concepción del "yo". De todas maneras, durante los primeros años, la primera decena de años, antes de que el 68 provocara una fuerte convulsión, poniendo con afán en el punto de mira no tanto el "yo" cuanto su acción en la sociedad, la conquista del poder (porque la conquista de la ciencia era secundaria respecto a la conquista del poder tal como era concebido entonces); antes del 68, decía, el tema con el que siempre comenzaba los Ejercicios, los Retiros, era una frase de Jesús. [...] La frase de Jesús que entonces repetía a menudo, como un estribillo continuo, empezamos a usarla menos desde el 68 en adelante. Ahora, en cambio, la hemos vuelto a retomar ya que el resultado de la política o de la "revolución" ha dejado ver las consecuencias extremas de una falta de conciencia, de autoconciencia del "yo". Si el "yo" es la autoconciencia del cosmos, el mayor delito que el "yo" comete es el de no conocerse, cuando, por el contrario, debe ser consciente de sí. Jesús decía: "Pero, ¿qué importa si ganáis el mundo entero y os perdéis a vosotros mismos?". Es más, Él dice literalmente: "¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo? O, ¿qué dará el hombre a cambio de sí?". Son cosas que remiten una a la otra, porque si el "yo" es la conciencia del cosmos, de todo, la relación con el Creador, con el Infinito, con lo que no es mensurable, origen y destino de todo, se juega precisamente en el "yo", en la toma de conciencia que el "yo" tiene de sí. Esto explica por qué nuestro decir, el contenido de nuestra conversación, siempre está centrado en lo humano, en el valor humano que tienen las cosas; y el valor humano no es de la "humanidad", sino del individuo, de la persona. Así, todo lo que comencé a decir en el Liceo Berchet de Milán, ya en el primer año, dio origen a *El sentido religioso*, después al segundo volumen del Curso Básico de Cristianismo, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, y, finalmente, a los textos sobre la vida de la Iglesia, sobre el valor de la Iglesia. Pero el *leit motiv* o el destino común de todo este desarrollo ha sido la persona: con el fin de entender a la persona y lo que tiene que hacer la persona, quién es el hombre y qué tiene que hacer el hombre para ser él mismo. [...] Este tiempo en que vivimos ha arribado a una orilla árida e infecunda, estamos en un desierto humano, donde quien sufre, el sujeto de la pena es el "yo": no la sociedad, sino el "yo", porque en nombre de la sociedad se matan también todos los "yo" posibles e imaginables. Mientras que para nosotros

la sociedad nace a partir de la existencia del "yo". "Generad, creced y multiplicaos", recomendó Dios a Adán y Eva: pero la naturaleza de la tarea de Adán y Eva, de su haber sido creados como personalidades individuales, es una compañía entre ellos dos: el hombre no puede vivir, no puede conocer, alimentarse, sino en compañía de otro, en el encuentro con otro. Estamos, decía, como sobre arena, sobre la orilla arenosa de un colapso terrible en la vida social. Y como el poder tiene como ideal y objetivo el regular la vida de todos (el gobierno italiano lo demuestra con creces), esta eliminación de la libertad tiene consecuencias dramáticas, porque no queremos acabar siendo todos esclavos o siendo manipulados según el orden de un mecanismo central. Entonces, ¿cómo podemos resistir?, ¿cómo podemos plantear una alternativa al predominio del poder que pretende tomar una posición que determine todos los aspectos, todas las expresiones de la vida del hombre, que quiere dictar hasta las leyes morales? [...] El único recurso para frenar la invasión del poder está en ese vértice del cosmos que es el "yo", y es la libertad».

Cada uno de nosotros debe compararse con esta respuesta. ¿Quién nos lo habría dicho? ¿Quién habría indicado como recurso para frenar la invasión del poder precisamente el "yo", la persona? No lo demos por descontado, es lo menos obvio que hay entre nosotros, pues estamos determinados por la mentalidad común, hasta el punto de que con frecuencia nos sentimos como una pieza del mecanismo de las circunstancias, somos panteístas, nos concebimos como una parte del todo, en donde el "yo" desaparece, y entonces ponemos nuestra esperanza en el poder (como hacen todos).

Don Giussani insiste: «El único recurso que nos queda es retomar radicalmente el sentido cristiano del "yo". Digo el sentido "cristiano" no por un prejuicio, sino porque, de hecho, sólo Cristo, la actitud de Cristo, la inteligencia de Cristo, la concepción que Cristo tiene de la persona humana, del "yo", sólo esto, explica la experiencia existencial del "yo" que tenemos. Sólo Cristo explica todos los factores que sentimos con fuerza dentro de nosotros, que emergen impetuosos en nosotros, tanto que ningún poder puede ni podrá aplastar al "yo", impedir al "yo" que sea "yo" [¡qué impresión releerlo en la situación actual!]. [...] La insistencia en el valor del "yo" fue desarrollándose desde el comienzo, [...] y no fue sólo motivo de profundización, de desarrollo de la religiosidad como categoría fundamental del "yo". Fue también el origen fascinante de la relación con todos los niveles del conocimiento, el punto de partida para leer la experiencia humana tal como se expresa en los hombres más geniales, dotados de mayor sensibilidad, por tanto, en los poetas y en las diferentes formas de la expresividad

del hombre. Así entendéis por qué yo empecé con Leopardi: había aprendido de memoria casi todas sus poesías, era el autor que mejor expresaba esa cuestión fundamental, el que me permitió aferrarla mejor. [...] De todas maneras, la frase de Jesús que cité al comienzo es dramática. Trágico es [este es un juico que nos afecta] que haya dejado de escucharla en el movimiento, excepto alguna rara vez citada por otros; en los comienzos, fue precisamente nuestro punto de referencia. "¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo? O, ¿qué dará el hombre a cambio de sí?". ¡Cumplid vosotros con este reto, realizad vosotros toda la dinámica, desarrollad en vosotros este dinamismo, que hemos profundizado durante años, el dinamismo que surge de nuestra amistad y de nuestra compañía! [Esta es la razón fundamental, pues si no es así dejará de interesarnos con el tiempo]: el cumplimiento del corazón, de las exigencias del corazón, sin el cual el nihilismo sería la única consecuencia posible»[15].

Esta es nuestra situación: un "yo" que carece de consistencia, la búsqueda del poder por miedo al nihilismo, la búsqueda de la satisfacción allí donde la buscan todos, el miedo por la pérdida del poder, como todos.

Pero, ¿qué es el "yo" para poder frenar la invasión del poder? ¿En dónde está su consistencia? La persona es su autoconciencia. La consistencia del "yo" se encuentra por entero en su autoconciencia: «En una situación en donde todo es arrancado del tronco y reducido a un montón de hojas secas, lo que urge para que la persona sea, para que el sujeto humano recobre vigor es la *autoconciencia*, la percepción clara y amorosa de uno mismo, cargada de la conciencia del propio destino y, por tanto, capaz de verdadero afecto por uno mismo, liberada de la obtusa instintividad del amor propio. Si perdemos esta identidad, nada nos aprovecha»[16].

Pero, ¿qué quiere decir esta percepción de sí clara y amorosa, consciente del destino, capaz de verdadero afecto por uno mismo? La autoconciencia no equivale a intimismo, no se trata de una introspección intimista. ¿Qué consistencia podría tener algo así? «La fuerza de este sujeto que se llama "yo", la fuerza de la persona, la consistencia de esta persona no reside en su interior, en la intimidad separada de lo demás, ajena a lo demás, sino que se halla en la pertenencia a otra cosa». ¿Qué tipo de pertenencia? «La grandeza del sujeto, la novedad de la persona viene dada por una pertenencia que no se halla ni en las cosas que suceden, ni en los edenes imaginados y construidos por nosotros, en los paraísos terrenales pensa-

[15] L. Giussani, «Aceptamos la vida porque tendemos a la felicidad», en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 5, 1998, pp. II-VIII.

[16] L. Giussani, «È venuto il tempo della persona», en *Litterae Communionis* CL, n. 1, 1977, p. 12.

dos y construidos por nosotros: es la pertenencia a aquello de lo que todo está hecho. En la relación con todo lo que sucede, hay algo que se da antes, algo más grande que se reconoce: esto es lo que da contenido al verdadero protagonista de la historia, al verdadero lugar creativo de la historia, que es el sujeto, la persona, es decir, tú, yo. Pero la fuerza del "yo" y del "tú", la fuerza del sujeto, de la persona, reside en algo distinto, a lo que el "yo" pertenece por completo, a lo que el "yo" reconoce que pertenece totalmente. Esta es la vivencia de la personalidad: reconocer que pertenezco a lo que me hace»[17]. Por eso, cuando seguimos utilizando la razón de forma racionalista, cuando sucumbimos constantemente al positivismo que hace que nos quedemos en la apariencia, no vivimos la pertenencia a Aquel que nos hace (aunque estemos aquí); Aquel que nos hace es lo último que determina nuestra conciencia, porque la autoconciencia es justamente el reconocimiento de pertenecer a Aquel que nos hace. Por eso no debemos dar por descontado que sea habitual en nosotros la conciencia de la que habla Giussani en el capítulo décimo de *El sentido religioso*: «*Yo* soy "tú-que-me-haces"»[18]. En cuanto sucede algo nos venimos abajo, y no porque seamos frágiles, por las circunstancias, por el ambiente... ¡Basta de excusas! Nos venimos abajo por falta de autoconciencia. Porque ningún poder del mundo podría eliminarnos, fuese cual fuese la circunstancia, si tuviésemos esta autoconciencia, porque la autoconciencia no se halla en la energía que tengamos, en nuestra posibilidad de éxito o en nuestra capacidad. Nuestra fuerza, toda la energía de nuestra fuerza radica en el reconocimiento sencillo de Aquel a quien pertenecemos, de Aquel que nos hace ahora. Porque el Señor es todo, pero «no por un esfuerzo de nuestro sentimiento, porque "sintamos" que es todo, no por un esfuerzo de nuestra voluntad, porque "decidamos" que sea todo, no por una actitud moralizante, porque "deba" ser todo, sino por naturaleza»[19].

Pero, ¿cómo podemos adquirir cada vez más esta conciencia? «El hecho de que el Señor sea todo por naturaleza no ha surgido tampoco como fruto del conocimiento, no es el resultado de una reflexión filosófica. Que el Señor es el Señor porque nos constituye, y determina por consiguiente la vida, es algo que se ha hecho evidente en el marco de su intervención en la historia, por medio de su desvelamiento histórico. Dios ha desvelado al hombre el rostro de su destino desvelándose Él mismo, nos ha dado a conocer el nombre del destino humano mediante su Presencia, ha interve-

[17] Equipe del CLU, Milán, 10 febrero 1990, Archivo de CL.
[18] L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 152.
[19] L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 24.

nido para recordarnos que Él es el destino del hombre, el "unum" capaz de hacer humana la vida del hombre»[20]. Aquí don Giussani nos pone entre la espada y la pared: «Lo que cuenta es el sujeto, pero el sujeto – como hemos señalado – es la conciencia de un acontecimiento, el acontecimiento de Cristo, que se ha convertido en historia para ti a través de un encuentro, y que tú has reconocido»[21].

Por tanto, el contenido de la autoconciencia es la memoria de Cristo: «Sólo recuperando la memoria de Cristo, lleno de dolor por haberle olvidado, puede el hombre volver a emprender su camino en el ámbito de cualquiera de sus intereses y en todas sus formas de expresarse, ya que la memoria de Cristo es el contenido normal de la autoconciencia nueva del cristiano»[22]. Porque este contenido de la memoria es lo que define la estatura de una personalidad. Y esto vale para cualquier hombre: no existe identidad del "yo" sin memoria, la consistencia de su personalidad se halla en la memoria. Entonces, lo que establece la diferencia es el contenido de la memoria. Pero don Giussani nos dice enseguida cuál es la sensación que tenemos cuando decimos estas cosas: «Tener la valentía de afirmar que nuestro problema fundamental es que llegue a ser habitual en nosotros el deseo de Su recuerdo, la conciencia de Su Presencia, no puede dejar de sonar a nuestros oídos como algo abstracto, añadido o superpuesto a problemas que sentimos más apremiantes y concretos»[23]. Aquí está el problema: para nosotros todo esto resulta abstracto, y por eso no nos conquista. Percibimos una lejanía del corazón con respecto a Cristo, y entonces llenamos el vacío con otras cosas, tratamos de llenarlo, así de poderosa es la urgencia del corazón. Si nuestro corazón no se llena de Cristo como de algo real que nos aferra, entonces terminamos buscando la plenitud donde la buscan todos, ¡porque un «Cristo abstracto»[24] no puede llenarnos!

Por tanto, la cuestión es cómo Cristo llega a ser el contenido de nuestra autoconciencia, cómo crece en nosotros esa memoria de Cristo capaz de vencer la lejanía que separa nuestro corazón de Él. El camino nos lo ha señalado don Giussani, y es sencillo: seguir a un maestro. «El deseo de recordar a Cristo madura en nosotros mediante una historia, no crece automáticamente, sino que crece siguiendo a alguien, como cualquier otra capacidad. De la misma manera que el proyecto de nuestra madurez no está en nuestras manos, así tampoco podemos decidir el maestro a nues-

[20] *Ibidem*, pp. 24-25.
[21] Equipe del CLU, Milán, 10 febrero 1990, Archivo de CL.
[22] L. Giussani, «C'*è perché è presente», en op. cit.*, p. 13.
[23] L. Giussani, «È venuto il tempo della persona», en *op. cit.,* p. 12.
[24] L. Giussani, *El rostro del hombre*, op. cit., p 104.

tro antojo; sólo tenemos que reconocerlo. El maestro al que tenemos que seguir nos lo ha dado el Señor, nos lo ha puesto el Señor en el camino que nos ha trazado, en la vía que estamos recorriendo. Elegir nosotros un maestro significaría elegir a alguien que nos resulte más cómodo, que responda a nuestro gusto, al deseo de ver secundado nuestro proyecto. En cambio, seguir significa identificarse con los criterios de otro, del maestro, con sus valores, con lo que nos comunica, y no vincularse a una persona que, en sí misma, es efímera. En este seguimiento se oculta y se vive el seguimiento de Cristo. El motivo del seguimiento entre nosotros no es el apego a una persona, sino el seguir a Cristo»[25].

Se trata de seguir a un maestro, tal como había propuesto desde el comienzo de la historia cristiana san Pablo, que se había atrevido a decir a sus amigos de Filipos: «Hermanos, sed imitadores míos y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en nosotros»[26]. Desde entonces, esta ha sido la modalidad con la que se ha transmitido el cristianismo en la historia, como nos recordaba el Papa recientemente: «Desde Pablo, y a lo largo de la historia, se nos han dado continuamente estas "traducciones" del camino de Jesús en figuras vivas de la historia […]. Los santos nos indican cómo funciona la renovación y cómo podemos ponernos a su servicio»[27]. Por eso hemos escuchado muchas veces a don Giussani decir: «Buscad cada día el rostro de los santos para descansar en sus palabras». Pero nosotros, ¿hacia dónde tenemos que mirar? ¿A qué maestro seguimos?

2. El camino de don Giussani

Todos nosotros reconocemos que el maestro que el Señor nos ha dado se llama don Luigi Giussani. La solicitud de apertura de la causa de canonización es el signo de nuestro reconocimiento ante la Iglesia y el mundo. Por tanto, sólo si le seguimos podremos aprender a superar la lejanía que separa nuestro corazón de Cristo, aprender a no percibirlo como algo abstracto, a no reducirlo a un objeto de piedad. Porque este ha sido el alcance de la vida de don Giussani: el Señor, que siempre está presente en la historia, ha querido suscitar en medio del siglo XX un carisma como camino para conocer a Cristo, justamente en esta situación cultural en la que vivimos, porque el humus cultural que los ilustrados introdujeron en Europa determina en gran parte nuestra forma de vivir la realidad y de

[25] L. Giussani, «È venuto il tempo della persona», en *op. cit.*, p. 12.
[26] *Flp* 3,17.
[27] Benedicto XVI, *Homilía en la Santa Misa Crismal*, 5 abril 2012.

vivir la fe (pensemos en lo que dijimos en años anteriores sobre la fractura entre saber y creer, que reduce la fe a sentimiento, a devoción o a ética). Por eso es tan significativa la historia de don Giussani, porque ha vivido nuestras mismas circunstancias, ha tenido que afrontar los mismos retos y los mismos riesgos que nosotros, y ha tenido que hacer el mismo el camino que describe en muchos pasajes de sus obras (como mostraba nuestro amigo español Ignacio Carbajosa el verano pasado en los Ejercicios de los *Memores Domini*).

Confiesa don Giussani: «También yo corría este riesgo [de reducir a Cristo a una estampita: recuerdo y piedad] en primero de liceo, cuando puse sobre mi mesa la imagen del rostro de Cristo de Carracci, que no era un grandísimo pintor pero me recordaba a Cristo»[28]. Y en los Ejercicios de sacerdotes de 1993 decía: «Dios nació de la Virgen hace dos mil años, y durante muchos años yo imaginé mi relación con Él con esa actitud que podría indicarse con la palabra "piedad": coincidía con acordarse de un hecho sucedido. Incluso en la seriedad del sacramento, sentía que había en esta posición algo incompleto, no acabado »[29]. Un cristianismo reducido a piedad era algo absolutamente incompleto. ¿Por qué incompleto? Porque un cristianismo entendido como "piedad", como "recuerdo", es una reducción del cristianismo, que pierde las connotaciones históricas de la carnalidad: el cristianismo, que es el acontecimiento de Dios hecho hombre, se convierte con el tiempo en el recuerdo de un hecho del pasado o en el sentimiento que me provoca tal hecho, pero esto no es lo que ha sucedido en la historia, ni es capaz de incidir en nosotros, respondiendo a la espera que hay en nuestro corazón. Prosigue don Giussani: «Para mí, lo importante era acordarme de Él. Pero hay algo incompleto en esta posición, en reconducir la vida de la fe a piedad»[30].

También don Giussani tuvo que hacer un camino. ¿Qué le permitió salir de esa reducción ya desde los años del seminario? Nos lo cuenta él mismo: «Si yo no hubiese conocido a Gaetano Corti en el primer año de liceo, si no hubiese escuchado las pocas clases de italiano de monseñor Giovanni Colombo, que luego sería cardenal de Milán, si no hubiese conocido a chavales que, frente a lo que yo escuchaba, abrían los ojos como frente a una sorpresa tan inconcebible como placentera, si yo no hubiese empezado a encontrarme con ellos, si no hubiese conocido cada vez más gente que se implicaba conmigo, si yo no hubiese tenido esta compañía, Cristo habría

[28] L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007, p. 224.
[29] Ejercicios de sacerdotes de CL, La Thuile, 31 agosto-3 septiembre 1993, Archivo CL.
[30] *Ibidem.*

sido, tanto para mí como para ti, una mera palabra objeto de frases teológicas, o bien, en el mejor de los casos, un reclamo a un afecto "pío y digno de lástima", genérico y confuso, que se concretaba únicamente en el temor a pecar, es decir, en un moralismo»[31].

Por tanto, si Giussani no se hubiera encontrado con ciertas personas, Cristo se habría visto reducido a un objeto de piedad, a una devoción, a un reclamo al moralismo (vemos muchas veces a nuestro alrededor esta reducción del cristianismo). Esta es la fuerza de la palabra "contemporaneidad": si Cristo no es contemporáneo, se convierte simplemente en un hecho del pasado, que no tiene incidencia alguna en mi "yo" presente. Por eso decía don Giussani que si no se hubiese encontrado con Corti, con Colombo, con los chavales que empezaban a abrir los ojos ante una sorpresa «tan inconcebible como placentera», es decir, si no hubiera visto a Cristo presente, en acción, cambiando la vida de las personas, Cristo se habría visto reducido a un objeto de piedad. Sin embargo, la relación con Cristo, con Dios hecho hombre, coincide con la relación con esas personas que documentan, que testimonian que Cristo está presente, no tanto porque estén presentes físicamente (hay muchas personas que están presentes y que no nos cambian demasiado), sino porque viven una intensidad humana que documenta su presencia hoy. Para testimoniar la presencia de Cristo hoy, a través de esta intensidad, de este cambio, es necesario que Él esté presente. Este es el testimonio de que Él está presente: personas cambiadas, fascinadas por Cristo, no porque no cometan errores (¡como si el testimonio pudiera reducirse a la coherencia!), sino porque incluso a través de los errores – dentro de una disponibilidad continua a la corrección – testimonian algo que es más que ellos mismos. Y a través de este cambio, de esta intensidad, de esta humanidad capaz de estar ante todo, de esta capacidad de vivir la vida con plenitud, la contemporaneidad de Cristo se vuelve incidente en la vida, hasta el punto de atraerme, de despertarme y de hacer que todo se convierta en signo suyo, hasta el punto de que la relación con Él coincide con la relación con cualquier cosa, con cualquier "tú". Todo se convierte en signo. En la historia de un gran amor todo se convierte en signo. Por eso hemos repetido, con el Manifiesto de Pascua de 2011: «Cristo es algo que me está sucediendo»[32], Cristo no es un hecho del pasado, Cristo es algo que está sucediendo ahora. ¿Se trata acaso de una frase abstracta, de una visión nuestra, o es lo que inevitablemente reconocemos al toparnos con ciertas personas porque, al estar con ellas, se despierta nuestra humanidad

[31] L. Giussani, *Qui e ora. 1984-1985*, Bur, Milano 2009, pp. 209-210.
[32] *Manifiesto de Pascua*, Comunión y Liberación 2011.

un poco adormecida, nuestra capacidad de desear, el deseo de plenitud al que muchas veces hemos renunciado escépticos? Sólo si nos encontramos ante personas en las que podemos palpar que Cristo está sucediendo ahora (hasta tal punto está más allá de cualquier imaginación, de cualquier pensamiento), podremos reconocer su contemporaneidad.

Entonces podemos entender por qué para don Giussani era incompleto reducir a Cristo a piedad, a una estampita o a una frase teológica. Esta experiencia de Giussani, su historia, es un don para nuestra vida: ¡es posible vivir la contemporaneidad de Cristo en la situación en la que nos hallamos! Él mismo nos lo testimonia: «Cristo, este es el nombre que indica y define una realidad que he encontrado en mi vida. He encontrado: había oído hablar de Él antes, de pequeño, de muchacho, etc. Podemos hacernos mayores y tener esta palabra resabida, pero mucha gente no se ha encontrado con Él, no lo ha experimentado realmente como presencia; en cambio, Cristo ha entrado en mi vida, y mi vida le ha recibido precisamente para que yo aprendiera a comprender que Él es el punto neurálgico de todo, de toda mi vida. *Cristo es la vida de mi vida*. En Él se resume todo lo que yo quisiera, todo lo que busco, todo lo que sacrifico, todo lo que se mueve dentro de mí por amor a las personas con las que me ha puesto. Como decía Möhler en una frase que he citado muchas veces: "Pienso que no podría vivir si no le oyera hablar de nuevo". Era una frase que puse bajo una imagen de Carracci con la figura de Cristo cuando estaba en el instituto. Es quizá una de las frases que más he recordado en mi vida»[33].

¿Quién no desea esto? ¿Quién no desea que Cristo sea para él la vida de su vida cada vez más? No sólo hablar de Cristo, sino no poder vivir sin oír hablar a Cristo. Como hemos visto, don Giussani tuvo que recorrer su itinerario para experimentar esto, el mismo que luego nos ha propuesto. Nosotros debemos decidir si le seguimos o no. Su historia es decisiva para nosotros.

¿Qué condiciones se necesitan para recorrer este camino?

Lo decía él mismo, respondiendo a la pregunta de una persona del Grupo adulto: «Cuando asistí a la primera reunión de curas – me habían invitado a hablar porque yo ya era conocido, había unos cien estudiantes que me seguían –, el primero que intervino me preguntó: "¿Qué nos recomendarías a nosotros, curas jóvenes?". "¡Que seáis hombres!", le dije. "Cómo, ¿que seamos hombres?". "¡Que seáis hombres! Para ser buenos curas debéis ser ante todo hombres. Si sois hombres, sentís lo que es propio del hombre, las exigencias y los problemas de cualquier hombre, vivís la relación con

[33] L. Giussani, *El hombre y su destino*, op. cit., p. 55.

todo lo que se hace presente y se irradia desde el presente hasta vosotros. En el esfuerzo por responder a todo esto, aprenderéis tanto la verdad que hay en todas estas cosas como la verdad de Dios, que cumple la verdad de los hombres"». Esto se lo decía a los curas, y uno piensa: ¿y a nosotros? Don Giussani continúa de esta manera: «Análogamente te respondo: sé humana, vive la verdad de tu propia humanidad». Pero atención: nuestra humanidad no es el elenco de lo que hacemos o de lo que no funciona, porque en ese caso reduciríamos todo a ética. «Tu humanidad no es lo que haces ahora, sino cómo te ha hecho Dios al hacerte nacer en el seno de tu madre, cuando eras pequeña. Y también ahora te vuelves a hacer pequeña y sencilla, y lloras porque es necesario llorar, es natural llorar, o tienes miedo porque el problema es difícil y sientes la desproporción de tus fuerzas. Sé humana, vive tu humanidad como aspiración, como sensibilidad ante los problemas, como riesgos que correr, como fidelidad que mantener ante lo que te urge en el ánimo, que Dios te hace urgir en el ánimo desde el origen. Y así – conforme a tu pregunta – la realidad se presentará ante tus ojos de modo verdadero. Para que Dios me pueda responder, corresponder, satisfacer, es necesario que yo sea tal y como me ha creado»[34]. Todos hemos sido creados con esta humanidad, todos tenemos esta humanidad.

Don Giussani percibió en sí mismo la lealtad con su humanidad – tal como Dios la había hecho, llena de una necesidad apremiante, de aspiraciones, sin domesticarla ni reducirla – y por eso percibía en Leopardi la vibración de su humanidad tal como había sido hecha: «A los trece años me estudié de memoria toda la producción poética de Leopardi, porque me parecía que la problemática que suscitaba eclipsaba todas las demás. Durante un mes entero me dediqué únicamente a estudiar a Leopardi»[35]. Intentemos imaginar el camino que empezó a hacer don Giussani cuando reconoció en Leopardi a alguien que expresaba lo que él mismo sentía: «Poderoso, dulcísimo / dominador de mi profunda mente; [esta desproporción estructural, esta urgencia de la vida que dominaba la mente de Leopardi hasta lo más hondo] / terrible, mas valioso / don del cielo [a nosotros muchas veces nos parece terrible esta ilimitada profundidad de nuestro sentir, y pensamos que es un problema a resolver, y no el recurso que el Señor nos ha dado con nuestra humanidad]; consorte [hasta tal punto es nuestro] / de mis lúgubres días, / pensamiento que siempre a mí retornas [no podemos quitarnos de encima nuestra humanidad, pues siempre acaba saliendo a la luz]»[36].

---

[34] L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., pp. 61-62.
[35] L. Giussani, *Una coscienza religiosa di fronte a G. Leopardi*, Milán 1984, pro manuscripto.
[36] G. Leopardi, «El pensamiento dominante», en *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1990, p. 190.

No sólo es imposible quitárnosla de encima, ¡sino que necesitamos nuestra humanidad! ¿Por qué consideraba don Giussani esto como algo decisivo? ¿Por qué fue tan decisivo para él? Porque nuestra humanidad se nos ha dado para reconocer a Cristo, para reconocer su potencia, su pretensión de atraer mi humanidad por entero, de responder a mi deseo, a mi espera. En la respuesta a mi espera, a mi humanidad, a la urgencia de la vida, yo puedo reconocer a Cristo. Por eso no basta la devoción, ni la piedad es adecuada para responder a esta urgencia. Sólo resulta adecuado un Cristo que no está sometido a las reducciones habituales. Por eso insiste siempre don Giussani – como hemos visto al comienzo de *Los orígenes de la pretensión cristiana* –: «Considerar el cristianismo sin reducciones, sean las que sean, depende de la amplitud e integridad con la que se percibe y considera el hecho religioso como tal»[37], es decir, nuestra humanidad.

Por eso la humanidad de Giussani forma parte del carisma, parte del don que el Misterio nos ha dado históricamente a través de él, para testimoniarnos qué quiere decir Cristo. Si empezamos a deshacernos de lo humano, pensando que es un problema, algo que hay que resolver, reduciremos inevitablemente el cristianismo a piedad o a moralismo, y buscaremos la satisfacción en donde la buscan todos.

La razón que explica por qué se le ha dado a don Giussani esta humanidad se manifiesta en el momento en que Cristo aparece con toda su potencia en el horizonte de su vida, en lo que él llama el "hermoso día". Es un episodio que marcó su existencia, y por tanto el carisma, y que él definirá como el momento más decisivo de su vida cultural. Sucedió en 1939, tenía por tanto quince años. Imaginad una humanidad como la que hemos descrito, la de una persona que había pasado un año arrollado por la vibración humana que encontraba leyendo a Leopardi, porque las demás cosas le parecían secundarias. Un día, don Gaetano Corti, su profesor de Religión en el seminario, explicó la primera página del Evangelio de san Juan: «En un momento dado dijo: "Veis: 'el Verbo se ha hecho carne' quiere decir que 'la *Belleza* se ha hecho carne', 'la *Justicia* se ha hecho carne', 'la *Verdad* se ha hecho carne'. Belleza, Justicia y Verdad eran un hombre, nacido de una mujer, que caminaba por los caminos de este mundo". Para mí fue como un rayo, como una fulguración. Yo siempre había estado enamorado de Leopardi. En una poesía que siempre me había gustado, *A su dama*, Leopardi se dirige a la Mujer con "M" mayúscula, a la Belleza con "B" mayúscula. Y dice con pasión: "*Y con el nuevo / comienzo de mi día oscuro, incierto, / te supuse de paso en esta tierra. / Pero nada existe en este*

[37] L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, p. 9.

suelo / *que a ti se te asemeje*". Y dice también: "*Ya no tengo esperanza* / *de contemplarte viva,* / *si ya no fuese que, solo y desnudo,* / *por otra vía y hacia extraña estancia* / *vaya mi espíritu*". Comprendí de golpe, en aquella fulguración, que "el Verbo se ha hecho carne" era el vuelco completo de aquella tristeza. Era el anuncio de que esta Belleza se encuentra "de verdad" por los caminos de este mundo»[38]. *Quid est veritas? Vir qui adest*[39].

«Cara beldad que amor / lejos me inspiras, o escondiendo el rostro, / a no ser que te muestres, / sombra divina, en sueños»[40]. Y un poco más abajo: «Ya no tengo esperanza / de contemplarte viva, / si ya no fuese que, solo y desnudo, / por otra vía y hacia extraña estancia / vaya mi espíritu»[41]. Y luego el fragmento que todos hemos aprendido a amar: «Si de las eternas ideas / tú eres una a la que de sensible / forma no viste el saber eterno, / ni entre caducos restos / probar las ansias de fúnebre vida, / o si otro suelo en las altas esferas, / entre mundos sin fin te acogiera, / y, bella más que el sol, te envía sus rayos / próxima estrella, y aire puro aspiras, / de aquí, donde la edad es breve, ingrata, / recibe el himno de este ignoto amante»[42]. Aquí se encierra todo el carisma. Lo que soñaba Leopardi, es decir, que esa idea eterna de Belleza llegase a adquirir una forma sensible, se ha convertido en acontecimiento en la historia. «Este fue – dice Giussani – el momento más decisivo de mi vida cultural». La humanidad de Giussani estaba abierta de par en par, y por eso el anuncio cristiano tuvo esta incidencia en él hasta tal punto que, al conocerle nosotros, nos ha fascinado y le hemos seguido: «Este fue el momento más decisivo de mi vida cultural. Y digo "cultural" por lo mucho que la fe tiene que ver con la razón […]: la fe responde a las exigencias del corazón más que cualquier otra hipótesis; por eso es más racional que cualquier otra hipótesis racional»[43].

Este es el desafío que don Giussani nos vuelve a lanzar hoy a cada uno de nosotros, y sabemos que no se trata de meras palabras. En él hemos visto hasta qué punto la fe responde a las exigencias del corazón más que cualquier otra hipótesis. No se trata de imaginar lo que sucedió hace dos mil años. Ahora, en esta situación histórica, con todo el racionalismo que nos invade, con la reducción de la humanidad que vemos en nosotros, con el poder que quiere arrancar este anuncio de las fibras de nuestro ser, aquí

---

38 L. Giussani, «L'intervista», en *Dimensione nuove*, n. 9, 1979, p. 21.

39 *«¿Qué es la verdad? Un hombre que está entre nosotros» (San Agustín, Comentario a los Salmos* 84, 13)

40 G. Leopardi, «A su dama», Canto XVIII, vv. 1-4, en *Poesía y prosa*, op. cit., p. 137.

41 *Ibidem*, vv. 12-16.

42 *Ibidem*, vv. 45-55.

43 L. Giussani, *Educar es un riesgo*, op. cit., p. 28.

y ahora, el Señor nos ha dado a don Giussani para permitirnos palpar que la fe responde a las exigencias del corazón más que cualquier otra hipótesis. Por eso es más racional que cualquier otra hipótesis racional. Esta es nuestra cultura. «Proponemos la fe como la racionalidad suprema en cuanto que el encuentro con el acontecimiento que la vehicula provoca una experiencia y una correspondencia con lo humano que es impensada, impensable»[44]. Esto es lo que ningún poder de este mundo puede arrancar de nuestros ojos. Este es el mayor desafío que jamás nos ha dirigido nadie.

Es lo que don Giussani deseaba para su amigo Angelo Majo en 1946, y que desea hoy – estoy seguro de ello – para cada uno de nosotros: «Te deseo que Jesús se encarne en estas experiencias tuyas, del mismo modo inexorable y definitivo con el que se encarnó en el seno de la Virgen María. Porque el mayor gozo de la vida del hombre es sentir a Jesucristo vivo y palpitante en la carne del propio pensamiento y del propio corazón. Lo demás es efímera ilusión o estiércol»[45].

De este modo Jesús no se queda fuera, como algo yuxtapuesto, alejado del corazón. Cristo es algo que está sucediendo ahora cuando se encarna en nuestras entrañas; pero para que se encarne en nuestras entrañas hacen falta las entrañas, la humanidad. Sólo puede conocer a Jesús aquel que lo ve encarnado en sus propias experiencias, y entonces comprenderá quién es Cristo, «porque el mayor gozo de la vida del hombre es sentir a Jesucristo vivo y palpitante en la carne del propio pensamiento y del propio corazón. Lo demás es efímera ilusión o estiércol». No es por moralismo por lo que renunciamos a ir tras las cosas: lo hacemos porque nos damos cuenta de que son una ilusión. ¡Cualquier cosa menos moralismo!

Por eso comprendemos el alcance y la gracia que tiene el carisma para nosotros, para responder hoy a nuestra inconsistencia, para responder hoy al clima cultural en el que vivimos, para responder a nuestro nihilismo, a nuestra insatisfacción. «En el clima moderno, nosotros los cristianos nos hemos separado no de las fórmulas cristianas directamente, no de los ritos cristianos directamente, no directamente de los Diez Mandamientos. Nos hemos separado del fundamento humano, del sentido religioso. Tenemos una fe que ya no es religiosidad. Vivimos una fe que ya no responde como debería al sentimiento religioso; tenemos por tanto una fe no consciente, una fe que ya no tiene inteligencia de sí misma. Decía un viejo autor, Reinhold Niebuhr: "Nada es tan poco creíble como la respuesta a un problema que no se ha planteado". Cristo es la respuesta al problema, a la sed y al

[44] *Ibidem*.

[45] L. Giussani, *Cartas de fe y de amistad*, Encuentro, Madrid 2010, p. 63.

hambre que el hombre tiene de la verdad, de la felicidad, de la belleza y del amor, de la justicia, del significado último. Si esto no está despierto en nosotros, si esta exigencia no es educada en nosotros, ¿qué puede hacer Cristo? Es decir, ¿para qué sirven la misa, la confesión, las oraciones, la catequesis, la Iglesia, los curas, el Papa? Son tratados todavía con un cierto respeto dependiendo de las zonas del planeta, se conservan durante un cierto periodo de tiempo por la inercia, pero ya no son respuestas a una pregunta, y por tanto no sobrevivirán mucho tiempo»[46].

Y esto coincide con la observación del entonces cardenal Ratzinger: «La crisis del anuncio cristiano, que crece desde hace un siglo, depende en no poca medida del hecho de que las respuestas cristianas dejaron a un lado las preguntas de los hombres; eran y siguen siendo correctas; sin embargo, no tuvieron influencia porque no partieron del problema y no fueron desarrolladas dentro de él»[47].

[46] L. Giussani, «La coscienza religiosa nell'uomo moderno», Centro Culturale *"Jacques Maritain"*, pro manuscripto, Chieti 1986, p. 15.

[47] J. Ratzinger, *Dogma e predicazione*, Queriniana, Brescia 2005, p. 75.

Sábado 21 de abril, por la tarde

A la entrada y a la salida:
Ludwig van Beethoven, Conciertos para piano ns. 3 y 4
Alfred Brendel, piano
James Levine – Chicago Symphony Orchestra – Philips

SEGUNDA MEDITACIÓN
Julián Carrón

El camino a la autoconciencia: una experiencia vivida

¿Cómo podemos hacer hoy el mismo camino – como hemos visto esta mañana – que tuvo que recorrer don Giussani en primer lugar, de modo que pueda realizarse lo que él deseaba para su amigo Angelo Majo y para nosotros, es decir, que Cristo se encarne en nuestras experiencias más humanas y podamos superar la yuxtaposición entre Cristo y nuestra humanidad, y así vencer la lejanía que separa nuestro corazón de Cristo? Se necesita un camino, no un milagro (como tantas veces soñamos), un camino que no se le ahorró ni siquiera a don Giussani. Para poder recorrer este camino, hacen falta – como hemos visto en su experiencia – dos condiciones y un método.

1. Dos condiciones y un método

a) Primera condición: un "yo" que no esté reducido
La primera condición necesaria es un "yo" que no esté reducido. Este factor decisivo del planteamiento de don Giussani lo hemos visto sobre todo en su experiencia. En muchas ocasiones – como vemos continuamente en la Escuela de comunidad – él repitió la famosa frase de Barbara Ward, para que la tuviéramos presente: «Los hombres aprenden raramente aquello que ya creen saber»[48]. En una conferencia pronunciada en 1980 en el Centro Cultural San Carlo, don Giussani puso un ejemplo que quedará para siempre como confirmación de lo que nos quiere decir: «Los fariseos creían que lo sabían todo, y por eso no aprendieron a reconocer esa Presencia [la tenían delante, ¡pero no basta con tenerla delante!] que era la respuesta a

[48] Cf. B. Ward, *Faith and Freedom*, W.W. Norton & Company, New York 1954, p. 4.

su sentido religioso, a toda su historia. De igual modo, nosotros podemos ser como los fariseos: "nada – cuántas veces habré repetido esta frase desde que la leí en un libro que estaba estudiando – hay tan poco creíble como la respuesta a una pregunta que no se ha planteado". Cristo es la respuesta a la sed que tiene el hombre de vivir la relación con su destino, con el significado de lo que hace, del comer, del beber, de levantarse, de dormir, de amar y de trabajar. En la medida en que no están vivos en mí esta espera y este deseo, no soy capaz de reconocer la respuesta que se me da cuando se me da». No es que no se me dé la respuesta – ¡atención! –, se me da, pero yo puedo repetirla formalmente, como hemos repetido muchas de las respuestas cristianas, pero el corazón permanece alejado y busca la satisfacción en otro lugar. «Este deseo nos permite reconocer el acento de su voz cuando resuena en nuestra vida. Lo que nos permite reconocer a Cristo, su acento, el acento de su presencia, es la lealtad, la sinceridad y la intensidad de este deseo de conocer lo que Dios es para mi vida, para nuestra vida [podemos estar muchas veces en el mismo sitio, ante los mismos hechos, los mismos acontecimientos: unos se llenan de sorpresa, se ven aferrados, mientras que en otros no sucede nada; ¡no podemos decir que los fariseos no vieran los milagros!]. […] Nada es tan poco creíble como la respuesta a un problema que uno no percibe, que no se plantea. Por eso lo más importante, no sólo para los no cristianos, para los que no han reconocido todavía a Cristo, o para los que no lo han conocido en sus términos exactos, ortodoxos, sino también para nosotros, cristianos, que vivimos en la Iglesia, lo más importante es la verdad de nuestro sentido religioso, porque entonces se comunica a nuestra vida la realidad de Cristo. […] Lo más importante para comprender, para dejarnos abrazar y también transformar por la Presencia de nuestro destino entre nosotros, del misterio de Dios entre nosotros, de Cristo, es mantener puro, libre, leal y sincero ese sentido religioso que es de lo que está constituida en última instancia nuestra razón, nuestro corazón, y que se expresa como sed de conocer y obedecer al Misterio […]. Es lo que el Evangelio llama "pobreza de espíritu", porque la pobreza de espíritu, la pureza de corazón, como el hambre y la sed de justicia, son sinónimos, como las bienaventuranzas, son modos distintos de decir esto: que debemos mantener libre, despejado, limpio, nuestro sentido religioso, es decir, que debemos ser – por usar otra palabra – sencillos. Nuestro origen nos indica la actitud, "sencillos como niños": igual que el niño, que mira a su madre con toda su naturaleza, con sus ojos, así debemos ser nosotros»[49].

[49] L. Giussani, «Dal senso religioso a Cristo», en *Dove la domanda si accende*, a cura di C. Fornasieri e T. Lanosa, Itacalibri, Castel Bolognese 2012, pp. 53-56.

En verdad es bienaventurado quien tiene el hambre que le permite reconocer la respuesta, que es Jesús. ¡Es lo contrario de considerar el hambre y la sed como un problema, como algo que hay que eliminar! ¡En el Evangelio Cristo habla de esta hambre y de esta sed como bienaventuranzas! Nosotros somos bienaventurados si las tenemos; Jesús llama bienaventurados a los que tienen hambre y sed, no a aquellos que son estupendos y no yerran. En el Evangelio no deja pasar ningún error, ni siquiera los de sus amigos. Pero no era esto lo que establecía la diferencia. Lo que Él alaba es esa hambre y esa sed, la sencillez del niño, porque es lo único necesario para reconocer su presencia contemporánea, que es la segunda condición del camino.

b) Segunda condición: la contemporaneidad de Cristo

La condición para que mi sed y mi deseo puedan reconocer que Cristo es Cristo es que Él esté ante mí con toda su imponencia, con la imponencia de su presencia contemporánea.

Pero en muchas ocasiones reducimos su presencia a lo que podemos comprender. Es como si dijéramos: la presencia de un personaje histórico, como en el caso de Jesús, permanece en la historia, es contemporáneo como puede serlo un personaje cualquiera del pasado, es decir, a través de su recuerdo, a través de su doctrina, de los valores proclamados por él. Sin embargo, el cristianismo tiene la pretensión de haber introducido en la historia una forma distinta de presencia. Lo que permanece no son sólo las enseñanzas, los valores o la doctrina, sino precisamente su presencia, su persona. Cristo tiene la pretensión de permanecer como presencia viva y actual, una presencia que desafía nuestra medida. Lo hemos recordado en Pascua: «¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado»[50].

¿Cómo permanece Cristo como presencia contemporánea? A través de aquellos a los que aferra en el Bautismo: «Él asimila a sí a todos los hombres que el Padre pone en sus manos, a todos los hombres que le reconocen, los asimila a sí, de modo que este devenir suyo coincide realmente con un fenómeno visible, tangible, concreto, que es la compañía de los creyentes, la asamblea de los creyentes, su cuerpo misterioso»[51]. Y esto le permite a Cristo resucitado hacerse presente ahora a través de la carne de los que le reconocen: «Es en su signo, en el signo que Él ha construido, que Él ha creado como lugar de su presencia real, es en su signo donde nosotros podemos conocer y entender a Cristo, creer en Cristo, creer que Él ha resu-

[50] *Mc* 16,6.

[51] L. Giussani, *Qui e ora. 1984-1985*, op. cit., p. 151.

citado. En su signo nosotros podemos ver el acontecimiento de su victoria definitiva y, por tanto, permanente, de cada instante, el albor del fin del mundo, su resurrección y su victoria»[52]. Esto significa que la contemporaneidad de Cristo debe respetar las señas características de su figura histórica, por tanto no puede reducirse a un discurso, a una ética o a un sentimiento, sino que debe ser una presencia – como vemos continuamente en la Escuela de comunidad – presente, carnal, irreductible, fácil de reconocer, atractiva, pues corresponde a la espera del corazón: «Nosotros sólo podemos reconocer la presencia del Verbo hecho carne en una carne; si el Verbo se ha hecho carne, es *en una carne* igualmente donde nos lo encontramos. […] Si Dios se ha hecho carne, si se ha hecho hombre, es a través de una realidad *humana* como yo debo entenderlo; de otra forma habría sido inútil que se hiciese hombre»[53].

c) Un método

Pero justamente porque está presente ante mí, ante mi sed, necesito un método para conocerle. Como «el objeto no consiste en una lista de proposiciones ni en la plausibilidad de una crónica, sino en la veracidad del testimonio referente a una persona viviente que pretendió, y ha sido la única, ser el destino del mundo, el misterio que ha entrado a formar parte de la historia»[54], se necesitan dos requisitos para conocerle.

El primer requisito es lo que don Giussani llama «la convivencia con Él»[55]. En efecto, «yo soy más capaz de tener certeza respecto a otro cuanto más atento esté a su vida, es decir, cuanto más comparta su vida. La necesaria sintonía con el objeto que se quiere llegar a conocer es una disposición viva que se construye con el tiempo, en la convivencia. Por ejemplo, en el Evangelio, quien pudo entender que había que tener confianza en aquel Hombre, es quien le siguió y compartió su vida, no la masa de gente que iba buscando la curación»[56].

El segundo requisito es la inteligencia de los indicios, la atención a los signos: «cuanto más potentemente uno es hombre, más capaz es de alcanzar certezas sobre el otro a partir de pocos indicios. Esto es precisamente el genio de lo humano»[57].

---

[52] L. Giussani, *La Fraternidad de Comunión y Liberación. La obra del movimiento*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 144-145.
[53] L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, pp. 140-141.
[54] L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 52.
[55] L. Giussani, *El sentido de Dios y el hombre moderno*, Encuentro, Madrid 2005, p. 74.
[56] L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., pp. 52-53.
[57] *Ibidem*, p. 53.

Con estos requisitos podemos identificarnos con el camino de los discípulos, pero – atención – esta identificación, por cuanto hemos dicho, no se puede reducir a un recuerdo del pasado o a una reflexión sobre el texto, sustituyendo la experiencia por los comentarios sobre ella (¡como hacemos habitualmente!). La única identificación verdadera es participar en el presente de su misma experiencia a través de la convivencia con la contemporaneidad de Cristo, que se puede experimentar en una presencia irreductible a nuestros intentos de someterla a nuestra medida. Nos serviremos de un capítulo del texto de Escuela de comunidad.

2. El camino de los discípulos: el camino a la certeza

El capítulo quinto de *Los orígenes de la pretensión cristiana*, me atrevería a decir, es nuestro capítulo, el capítulo del camino, porque todos hemos tenido ya un encuentro, y por eso estamos aquí. Ahora hace falta que la certeza se haga más profunda, porque la inconsistencia que percibimos en nosotros muestra que esta certeza es frágil, y no porque no nos hayamos encontrado con Él, sino porque no es suficiente tener un encuentro para alcanzar la certeza. Este capítulo describe el camino que tuvieron que recorrer los discípulos para que su certeza se hiciera más profunda.

«Veamos ahora cómo se confirmó el carácter excepcional del hecho encontrado, cómo una impresión ya de por sí cargada de evidencia se transformó en convicción. […] Cuando encontramos a una persona importante para nuestra propia vida, siempre hay un primer momento en que lo presentimos, algo en nuestro interior se ve obligado por la evidencia a un reconocimiento ineludible: "es él", "es ella". Pero sólo el espacio que damos a que esta constatación se repita carga la impresión de peso existencial. Es decir, sólo la convivencia la hace entrar cada vez más radical y profundamente en nosotros, hasta que, en un momento determinado, se convierte en certeza»[58]. Pero para que esa impresión cargada de evidencia se convierta en certeza, hace falta que entre cada vez más radicalmente en nosotros, más profundamente en nosotros, que deje de ser algo externo o yuxtapuesto. Pero esto sólo es posible mediante la convivencia. Es lo mismo que nos ha sucedido a nosotros. «En una secuencia de su película *Andrei Rublev*, Tarkovski le hace decir a un personaje: "Tú lo sabes bien: algo no te sale, estás cansado, y ya no puedes más. Pero de repente hallas entre la muchedumbre la mirada de alguien – una mirada *humana* –, y es

[58] *Ibidem*, pp. 61-62.

como si te hubieras acercado a algo divino que estaba escondido. Y todo se hace de repente más sencillo". El acontecimiento cristiano se manifiesta, se revela, en el encuentro con la levedad, la sutileza y la aparente inconsistencia de un rostro que se entrevé entre la muchedumbre: un rostro como los demás, y, sin embargo, tan diferente de los otros que, al encontrarse con él, es como si todo se simplificara. Lo ves por un instante, y al alejarte te llevas dentro de ti el mazazo de esa mirada, como diciendo: "¡lo que me gustaría volver a ver esa cara!"»[59].

a) La trayectoria de la convicción

Este es el comienzo de la trayectoria de la convicción: el deseo de querer volver a ver esa cara. Pero sólo aquel que acepta implicarse en una convivencia puede alcanzar la certeza que nos hace consistentes. Este es el camino de la convicción. Y «este camino de "conocimiento" recibirá en el Evangelio otras muchas confirmaciones, esto es, necesitará mucho apoyo; tanto es así que esa fórmula "y creyeron en él sus discípulos" se repite muchas veces y hasta el final. El conocimiento consistirá en una persuasión que tendrá lugar lentamente, donde ningún paso posterior desmentirá los anteriores»[60]. Es necesario subrayar el adverbio "lentamente", incluso contra nuestra opinión. Y añado: ¡gracias a Dios!, porque en caso contrario, si esto sucediese repentinamente, de golpe, podríamos ponerlo en duda enseguida, igual de rápido. Pero si se ve confirmado cuando llueve, cuando hace calor, cuando estamos llenos de problemas, cuando está oscuro, entonces, cuando llegue la circunstancia difícil, no podremos decir que nos lo hemos inventado en un momento de euforia. El Señor nos hace recorrer un camino lento, pero esto es decisivo para adquirir una certeza verdaderamente segura que nadie pueda poner en duda, porque ha penetrado en cada fibra de nuestro ser. ¡Trata de poner en duda la certeza acerca de tu madre, inténtalo! ¡La tienes metida hasta en la médula!

«De la convivencia irá brotando una confirmación de ese carácter excepcional, de esa diferencia que desde el primer momento les había conmovido. Con la convivencia dicha confirmación se acrecienta». Es un camino de conocimiento, no una visión; no es algo mágico que se salta la implicación de nuestra humanidad, que sucede casi a pesar de nosotros, de golpe, sin conciencia, sin compromiso de sí y sin drama, esto es, como un milagro, no como un camino (que es lo que soñamos). Con frecuencia tenemos una concepción de la certeza, y por tanto de la fe, completamente

[59] L. Giussani, «En camino», en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 2, 2000, p. VII.
[60] L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 62.

abstracta, como si se tratase de algo que se introduce en nosotros sin motivo, sin una razón que se pueda comunicar. En cambio, «en el Evangelio queda registrado que el creer abarca la trayectoria de una convicción que se va produciendo en un sucesivo repetirse de reconocimientos, a los que hay que dar espacio y tiempo para que tengan lugar. Volvemos a encontrar aquí, encarnado en el testimonio evangélico, ese requisito de método que ya recordamos en el capítulo anterior. Y ya que es cierto que el conocimiento de un objeto requiere espacio y tiempo, con mayor razón esta ley no podía ser contradicha por un objeto que pretende ser único»[61]. No existe un método especial para un objeto que pretende ser único, como es Cristo. Cristo se ha sometido al mismo método para que pudiéramos llegar a tener sobre Él la misma certeza que podemos tener sobre cualquier cosa.

b) El descubrimiento de un Hombre incomparable

En la convivencia con Él, los discípulos, al igual que nosotros hoy, se encontraban ante sí a un Hombre incomparable.

Leamos simplemente – como hacía con mis estudiantes en el seminario – la descripción de un día cualquiera de los que pasa Jesús con sus discípulos: «Pasando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, el hermano de Simón, echando las redes en el mar, pues eran pescadores. Jesús les dijo: "Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres". Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Un poco más adelante vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca repasando las redes. A continuación los llamó, dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon en pos de él. Y entran en Cafarnaún y, al sábado siguiente, Jesús entra en la sinagoga a enseñar; estaban asombrados de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad y no como los escribas. Había precisamente en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo y se puso a gritar: "¿Qué tenemos que ver nosotros contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios". Jesús lo increpó: "Cállate y sal de él". El espíritu inmundo lo retorció violentamente y, dando un grito muy fuerte, salió de él. Todos se preguntaron estupefactos: "¿Qué es esto? Una enseñanza nueva expuesta con autoridad. Incluso manda a los espíritus inmundos y lo obedecen". Su fama se extendió enseguida por todas partes, alcanzando la comarca entera de Galilea. Y enseguida, al salir de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a la casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, e inmediatamente le hablaron de ella. Él se acercó, la cogió de la mano

[61] *Ibidem*, pp. 62-63.

y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles. Al anochecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados. La población entera se agolpaba a la puerta. Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó a muchos demonios; y como los demonios lo conocían, no les permitía hablar. Se levantó de madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se marchó a un lugar solitario y allí se puso a orar. Simón y sus compañeros fueron en su busca y, al encontrarlo, le dijeron: "Todo el mundo te busca". Él les responde: "Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he salido". Así recorrió toda Galilea, predicando en sus sinagogas y expulsando los demonios»[62].

Dice don Giussani: «Intentemos pensar ahora en un grupo de personas que durante semanas, meses, años, hayan visto todos los días cosas de este tipo. Los primeros amigos, y los que se les sumaron después, asistieron cada vez más cotidianamente a la excepcionalidad y la exorbitancia de aquella personalidad»[63]. No es un problema sólo de razonamiento: el problema es que mis ojos, mi sensibilidad, mi razón, mi humanidad por entero, se vean alcanzadas por lo que me ha sucedido, como tus ojos, tu sensibilidad, tu forma de estar están marcados por tu madre, hasta el punto de que tú ahora no puedes decir "Mamá" sin incluir todo lo que te ha sucedido en la relación con ella. No es un razonamiento que se pueda eliminar con otro razonamiento, sino la repetición continua de una imponencia. Tratad de imaginar cómo volvían los discípulos a casa cada día: tal vez no eran mejores ni más coherentes, pero tenían los ojos cada vez más llenos de lo que habían visto. No podían evitar volver a casa con los ojos llenos de sus milagros, de su poder sobre la naturaleza y sobre la enfermedad, de su inteligencia única, de su bondad. Un acontecimiento presente, fácil de reconocer incluso para un niño. Pero todo esto vale también para nosotros. ¡No podemos sustituir su experiencia con reflexiones o comentarios sobre ella! Figuraos la certeza que puede derivarse de ahí, de nuestros comentarios… Sólo podremos alcanzar la certeza que alcanzaron los discípulos si para nosotros es posible hacer la misma experiencia que hicieron ellos. Lo que ellos vieron al toparse con la humanidad del hombre Jesús de Nazaret nosotros lo vemos al toparnos hoy con su rostro, con esa humanidad de gente cambiada hoy por el encuentro con el acontecimiento de Cristo reconocido y acogido. También nosotros hemos visto durante semanas, meses y años – pensemos en las cosas que nos contamos cuando nos vemos – hechos sorprendentes, excepcionales, uno a uno, rasgos de una humani-

[62] *Mc* 1,16-39.

[63] L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 64.

dad más verdadera y deseable, distinta porque está más cumplida: un gozo incluso en el dolor (como los testimonios recientes de algunos de nosotros que han muerto o de sus familiares y amigos), una gratuidad impensable en un mundo en el que todo es cálculo, una amistad fecunda en un contexto en el que domina una soledad espantosa, una unidad de vida y entre las personas allí donde todo parece fragmentación, una incansable capacidad de construcción incluso en las situaciones más difíciles, en las que la tentación sería cruzarse de brazos.

Asistimos hoy a la diferencia, a la excepcionalidad, a la exorbitancia de Su presencia, y el último que llega lo reconoce con facilidad, y hace fácil también nuestro reconocimiento (¡porque muchas veces dejamos de asombrarnos!). Me escribe una amiga universitaria: «Un amigo y yo dimos el Manifiesto e invitamos a una asamblea pública a una alumna de primero a la que habíamos conocido a través de los grupos de estudio. El día antes nos decía: "Vuestra amistad es especial. No es como la amistad que se da entre compañeros de clase, está comprometida, escucháis mucho, tenéis siempre la palabra adecuada en el momento justo, y luego se ve que no es todo harina de vuestro costal, es decir, se comprende que alguien os ha enseñado a vivir así. Hay entre vosotros una relación bonita, viva e intensa". Al día siguiente vino a la asamblea. "Siendo sincera, he de decir que, aunque soy cristiana, hasta ahora nunca había encontrado nada fascinante en el cristianismo. Si tuviese que decir qué es lo que me parece más fascinante, diría que es vuestra experiencia. Me interesa cómo vivís. Invitadme a lo que hagáis, porque quiero ir. Tal vez sea este el camino para comprender mejor mi fe". Durante la conversación con esta chica se esfumaron todas mis preocupaciones y mis dudas (por ejemplo, cuando me pregunto: «¿Cómo puedo decir "Cristo"?»), porque mientras la escuchaba sentía en mí un vértigo al pensar en Aquel que hace posible lo que estaba sucediendo ante mis ojos. Percibí con claridad qué quiere decir Giussani cuando afirma que la fe es un acontecimiento, el reconocimiento sencillo de algo que sucede. Esa chica, que describía con tanta nitidez la experiencia que yo vivo desde hace años, me estaba poniendo de nuevo ante el hecho de Cristo y ante la posibilidad de reconocerlo, y entonces nació en mí la exigencia de pedir, de pegarme cada vez más a lo que ha hecho y hace de mi vida y de mis relaciones – como decía ella – algo bonito, vivo e intenso, la exigencia de educarme cada vez más en la sencillez que tuvo ella al afirmar los datos de la experiencia».

¿Comprendéis? «El mayor milagro, el que sorprendía cada día a los discípulos, no era el de las piernas enderezadas, la piel restaurada o la vista recuperada. El mayor milagro era el ya mencionado: una mirada

reveladora de lo humano a la que nadie podía sustraerse. No hay nada que convenza tanto al hombre como una mirada que aferre y reconozca lo que él es, que haga que el hombre se descubra a sí mismo. Jesús veía dentro del hombre; nadie podía esconderse ante él; en su presencia la profundidad de la conciencia no tenía secretos. Como en el caso de la mujer de Samaria, que en la conversación en el pozo oyó cómo le contaba su vida, y eso es precisamente lo que refirió a sus paisanos como testimonio de la grandeza de aquel hombre: "¡Me ha dicho todo lo que he hecho!". Lo mismo sucede en el caso de Mateo, el recaudador de impuestos, considerado un pecador público porque estaba al servicio del poder económico romano, a quien Jesús dijo sencillamente al pasar: "Sígueme". Y él, reconocido, prendido, aceptado, lo dejó todo y le siguió. Lo mismo le sucedió al jefe de todos los recaudadores, el hombre más odiado de toda Jericó, Zaqueo. Jesús, rodeado de una gran masa de gente, está pasando por la calle y él, de pequeña estatura, se sube a un árbol, lleno de curiosidad, para verle. Cuando Jesús llega bajo ese árbol se para, le mira y le dice: "¡Zaqueo!", y añade: "Baja pronto, porque quiero ir a tu casa". ¿Qué es lo que se adueñaría de Zaqueo? ¿Qué es lo que le haría correr lleno de alegría? ¿Proyectos sobre sus muchas riquezas, voluntad de devolver sobradamente lo robado, dar la mitad de sus bienes a los pobres? ¿Qué es lo que le trastornó y cambió? Simplemente, que había sido penetrado y acogido por una mirada que le reconocía y le amaba tal como era. La capacidad de cautivar el corazón del hombre es el mayor milagro, el más persuasivo»[64].

Esta mirada que Jesús introdujo permanece en la historia; a través de ella podemos seguir teniendo la misma e idéntica experiencia que tuvieron Mateo o Zaqueo, como me escribe esta nueva amiga: «Buenos días, soy Paola, y le escribo desde África. Usted no me conoce, pero quería darle las gracias porque mi vida ha cambiado verdaderamente, está cambiando. Gracias al encuentro con el movimiento ahora creo en un Cristo alcanzable, presente de verdad en medio de nosotros. Ya no tengo que lamentarme por no haber estado allí cuando Jesús les decía a sus apóstoles: "Sígueme". Ese "sígueme" me lo está diciendo ahora a mí. Todavía estoy a tiempo, y ahora mi vida es de otro color: me levanto, doy gracias a Dios y estoy preparada para otra aventura, porque sé que me dirá: "Sígueme"; y no puedo perder esta ocasión, tengo que estar muy atenta. ¡Qué bonito es pensar que yo también puedo mirar a los demás con la misma mirada de Cristo! ¡Qué ganas de salir por las mañanas! Se trata de un reto que hace de la vida algo digno de ser vivido. ¿Cómo no darle las gracias? Nadie me había hecho ver

[64] *Ibidem*, pp. 65-66.

a Cristo de este modo. Me habría muerto sin saber que el mundo es precioso. Todo empezó cuando conocí hace algunos meses a una persona de los *Memores Domini* aquí, en África. Ella tenía probablemente la mirada de Cristo, sus ojos hablaban. Miró dentro de mí y vio algo hermoso en donde yo no veía nada. En ese momento la dejé entrar en mi corazón y ella trajo consigo a Cristo. Sus ojos se iluminaban cuando hablaba de Él. ¿Cómo no creerla? Ahora voy a la Escuela de comunidad todas las semanas – aunque a veces el tráfico llega a ser terrible aquí – porque no quiero que disminuya el entusiasmo que siento dentro de mí. He conseguido un libro de las horas, he aprendido el *Angelus* de memoria, leo *Huellas*, hago silencio, aunque estén mis hijos y nietos deambulando por casa. Estoy dispuesta a cualquier cosa con tal de seguir tan contenta. No puedo contentarme con menos de esto. Doy gracias a Dios, a don Giussani, a usted y a los *Memores Domini*. ¡Qué bonito sería que un día alguien, al conocerme, fuera a usted a contarle lo mismo que me ha pasado a mí!».

Se trata de una mirada que ha entrado en la historia y que permanece en la historia. Esto quiere decir que es posible tener hoy la misma experiencia que tuvieron los apóstoles hace dos mil años. Se saltan dos mil años de golpe. Ahora ella puede vivir una experiencia idéntica a la que tuvieron ellos, ¡y no limitarse a hacer comentarios sobre la experiencia de los apóstoles!

Y esta mirada no cambia, aunque una persona se haya equivocado mucho: «Todo comenzó hace aproximadamente un año. Me hablaron de una situación difícil, y fui con un amigo a ver de qué se trataba, y entonces conocimos a un hombre, separado de su mujer, que estaba bajo arresto domiciliario por un problema grave de salud. Él mismo nos contó que había cumplido ya dieciocho años de cárcel, y que le quedaban todavía doce por cumplir. Se consideraba afortunado, porque las dos condenas a cadena perpetua que tenía se las habían conmutado por una de treinta años. Durante algún tiempo la relación con él fue de todo menos idílica: cada vez que iba, él pretendía más, llegó incluso a pedirme que le pagara el recibo de la luz, que fuera a comprarle café, aceite… Un día llegó incluso a darme la lista de la compra. Yo, con calma, le explicaba cada vez el origen de mi gesto, del Banco de Solidaridad, pero me daba la impresión de que era tiempo perdido, me entraban ganas de escapar. Un día sucedió algo inimaginable. Me preguntó de repente: "¿Por qué sigue usted teniendo esa mirada tan profunda sobre mí, que he matado a diecisiete personas?". Allí, en aquel instante, me pregunté: pero, ¿qué ha visto él en mí? Entonces se abrió para mí un mundo nuevo. Nos hicimos amigos, ya casi no le interesaba la compra que le llevaba, a veces incluso iba sin la caja, simplemente para charlar con él. Como milagro inesperado y largamente deseado, después de treinta

y seis años de movimiento, a partir de este hecho que no consigo apartar de mis ojos, ha cambiado la relación con mi mujer, la mirada sobre mis hijos y mis nietos, la relación con los amigos de la Fraternidad y con las personas con las que comparto el trabajo, el cansancio de los turnos de noche… ya nada me ahoga. Sin embargo, los ingredientes siguen siendo los mismos, los turnos son los mismos. Simplemente ha cambiado la música. Nunca habría podido imaginar, después de tantos años y de tantas cosas dadas por descontado, que pudiese llegar, a través de un encuentro inesperado, una alegría semejante que llenara mi corazón de gozo».

Nosotros nos encontramos hoy, al igual que los discípulos, ante una Presencia irreductible. Me escribe otra persona: «En febrero de 2011 conocí a una chica del movimiento que se acababa de trasladar a mi ciudad por motivos de trabajo. Nos conocimos y quedamos algunas veces. Ante las mismas circunstancias (la misa, espectáculos, relación con los amigos), ella juzgaba de un modo y yo del modo contrario, pero sus juicios me provocaban. En un momento dado me vi obligada a deducir que ella no era más afortunada que yo porque las cosas le fueran bien, sino porque tenía una mirada distinta que la mía, y esta mirada me fascinaba, comprendía mejor los hechos, las circunstancias, las personas… En definitiva, me correspondía más, era más verdadera que la mía». Esto la anima a identificarse cada vez más con el camino que se propone en la Escuela de comunidad, y en un momento dado se da cuenta de que experimenta también ella una forma distinta de mirar las cosas habituales que no es suya, sino de Cristo: «Ahora saboreo cómo se miran las cosas con los ojos de Dios, las cosas en su lado justo, en su verdad. Experimento una plenitud que hace florecer mi humanidad de forma tan evidente que se dan cuenta hasta mis compañeros de trabajo, las personas cercanas a mí, y piensan que me he echado novio. Es en verdad una aventura que agudiza mi tensión hacia Él. Puedo por fin zarpar y traspasar las Columnas de Hércules». La gente a su alrededor trata de explicarse el cambio, y sólo se les ocurre achacarlo a que ha encontrado novio.

c) El surgimiento de la pregunta y la irrupción de la certeza

Esta mirada, que nadie puede quitarse de encima, que penetra poco a poco en la vida de forma profunda, provoca en un momento dado una pregunta en los discípulos: «Sigamos imaginando el tipo de confirmación que las jornadas pasadas con Jesús debían constituir para quien vivía a su lado cotidianamente. Jesús aparece en cualquier circunstancia como un ser superior a cualquier otro; hay algo en él, cierto "misterio", porque nunca se había visto tal sabiduría, tal ascendiente, tal poder y tal bondad. Esta

impresión, como ya hemos dicho, se va haciendo poco a poco cada vez más precisa sólo en aquellos que se comprometen en una convivencia sistemática con él: los discípulos. Pero el margen de excepcionalidad de aquel hombre era tan grande que nació espontáneamente una pregunta paradójica: "¿Quién es?". Paradójica porque se conocía perfectamente el origen de Jesús, sus datos de empadronamiento, su familia, su casa»[65].

Es la misma pregunta que surge también en nosotros muchas veces. Con frecuencia hemos escuchado a gente que nos dice: «Pero, ¿quiénes sois? ¿Por qué sois así?». Cuántas veces nos lo han preguntado, y cuántas veces surge también en nosotros esta pregunta delante de gente cuyos datos histórico-biográficos conocemos perfectamente, y sin embargo hay en ellos algo que se nos escapa, un misterio, algo que los hace distintos.

Os leo otra carta: «Ayer me pasó una cosa que me dejó llena de asombro y de agradecimiento. Trabajo como investigadora, y a veces tengo que ir a algún laboratorio distinto del mío para llevar a cabo un experimento. Una chica que trabaja ahí iba de acá para allá con la mirada llena de desánimo, y se lamentaba de algunas cuestiones laborales desde por la mañana. Por la tarde, de repente, me miró y me dijo: "Perdona, pero, ¿por qué eres siempre tan optimista? ¿Qué es lo que te hace estar contenta?». Es la pregunta que surge ante una excepcionalidad única.

Escribe don Giussani: «Esta pregunta demuestra que, en realidad, lo que Él es no lo podríamos decir por nosotros mismos. Sólo podemos constatar que es diferente de cualquier otro, que merece la más completa confianza, y que siguiéndolo se experimenta una plenitud de vida incomparable [como la que constataba la chica de la carta]. De modo que se le pregunta a él quién es. Sólo que, cuando él dio la respuesta, sus amigos creyeron en su palabra por la evidencia de las señales indiscutibles que imponían confianza; y sus enemigos, en cambio, no aceptan esa respuesta y deciden eliminarlo»[66]. Esto es fundamental: se pone de manifiesto si uno ha hecho el recorrido cuando llega el momento dramático y precioso que describe el capítulo sexto de san Juan. Después de haber saciado el hambre del gentío multiplicando los panes, la gente quiere hacerle rey. Pero aquí se muestra la diferencia de Jesús. Como sabe que el hombre no sólo necesita pan para vivir, sino algo más para que la vida sea algo digno de ser vivido, algo pleno, empieza a hablar de sí como del pan de la vida, de la relación con Él como aquello que alimenta la vida. Es perfectamente consciente de que sólo si uno se deja alimentar de su carne y de su sangre

[65] *Ibidem*, pp. 68-69.
[66] *Ibidem*, p. 69.

podrá vivir verdaderamente, tal es su necesidad: «Me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros»[67]. Pero «si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros»[68].

Los problemas empiezan ante esta afirmación. Querían hacerle rey, ¿qué más quiere? Aquí se manifiesta la irreductibilidad de una Presencia que no acepta ser reducida, domesticada a voluntad, por suerte para nosotros. Su irreductibilidad es nuestra esperanza; nos molesta, pero es nuestra esperanza. «Pero, ¿quién pretendes ser?». Y Jesús, ante este escándalo, no cede, no quiere avenirse a compromisos, ni siquiera con sus amigos, a los que no les dice: «Quedaos al menos vosotros, no me dejéis solo». ¡No! Les vuelve a retar: «¿También vosotros queréis marcharos?»[69]. Esta pregunta desvela el respeto y la estima que tiene Jesús por la libertad de los apóstoles y, al mismo tiempo, la certeza de que ellos tienen todos los elementos para juzgar si es razonable o no permanecer con Él. Por eso no tiene miedo alguno a retarles. Jesús no les ahorra su libertad, no responde en su lugar, es más, les provoca de modo que sean ellos los que respondan, los que tomen conciencia de lo que han vivido, los que se den razones para permanecer. Podemos imaginar con qué convicción salió de cada fibra del ser de Pedro la exclamación: «Señor, nosotros tampoco comprendemos lo que dices, pero, si nos vamos de tu lado, ¿a quién iremos? Sólo tú tienes palabras que explican y dan sentido a la vida»[70].

Uno puede repetir esta frase de modo formal, sin darse cuenta de la intensidad con la que Pedro dijo esas palabras. Pero es completamente distinto repetirlo como una frase sabida o que nazca de una experiencia vivida. Si no nace de una experiencia, no puede permanecer cuando llega el momento dramático, y basta cualquier imprevisto para que la duda aparezca en nosotros. Lo hemos podido ver estos días, en la forma que hemos tenido de reaccionar ante lo que estaba pasando: «¿También vosotros queréis marcharos?». Esto nos obliga hoy a darnos razones: pero nosotros, ¿por qué nos quedamos? Toda la oscuridad, la confusión, toda la soledad de Pedro no pudieron eliminar en él la experiencia que había aferrado su persona por completo. Aquí radica la consistencia de un "yo" que no es más poderoso por estar del lado de la mayoría, sino porque su consistencia está completamente fundada en una experiencia como la que hemos des-

---

67 *Jn* 6,26.
68 *Jn* 6,53.
69 *Jn* 6,67.
70 Cf. *Jn* 6,68.

crito: forjada durante meses, años, por los hechos a los que nos referíamos antes. Si nosotros no llegamos a hacer esta experiencia, cualquier momento, cualquier dificultad, cualquier enfermedad, cualquier crisis, cualquier imprevisto, cualquier caos, cualquier escándalo, cualquier error hará saltar todo por los aires. Es precioso que también Pedro atravesara una situación parecida, porque es como si nos dijese: «Os puede pasar», y nos indica el camino para permanecer. Si recorremos la trayectoria que nos testimonian los Evangelios, podremos llegar a ese tipo de certeza que resiste, incluso para asombro nuestro, ante cualquier prueba.

d) Un caso de certeza moral

¿Cómo se produce esta certeza?

«La continua reiteración que la convivencia permitía de esta impresión de excepcionalidad determinaba un juicio [un juicio, no un sentimiento, no un estado de ánimo] de muy razonable plausibilidad sobre su confianza en él. Con el tiempo ellos adquirieron con respecto a aquel hombre una certeza sin comparación posible»[71].

La excepcionalidad de la persona de Jesús determinaba un juicio que desembocaba en un apego tal que les hizo permanecer con Él, aunque los demás se marcharan. El hecho de que los discípulos fueran capaces de alcanzar esta certeza significa que es algo que está a nuestro alcance, al alcance de todos los que siguen su misma trayectoria, en medio de las turbulencias y las circunstancias, sean buenas o malas.

Por tanto, no es verdad que sólo podamos llegar a adquirir una certeza en el campo del conocimiento científico o filosófico: también podemos alcanzar una certeza sin igual con respecto a Cristo, una certeza que nos lleve a apegarnos a Él con un amor inquebrantable. Como nos dice don Giussani, «el amor es un juicio de la inteligencia que arrastra consigo toda nuestra sensibilidad». Pero, atención, el juicio no es algo para intelectuales, para expertos en el tema. «El juicio es mirar al ser con la percepción del niño». Más fácil que esto es imposible, ¡hasta los niños lo saben hacer! «El efecto de la realidad que aparece ante sus ojos es la admiración. […] Las certezas nacen de ahí [de ese asombro], las evidencias que nos producen certeza nacen de ahí. De lo contrario, nuestras convicciones son dictados del poder»[72]. La evidencia tiene tal potencia que genera certeza en aquel que se deja asombrar como un niño. La evidencia es tan irreductible que no la podemos dominar; es ella la que nos domina. Podemos decirlo de

[71] L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op., cit., p. 71.

[72] L. Giussani, *El yo, el poder, las obras*, Encuentro, Madrid 2001, pp. 62-63.

forma sencilla: primero me asombro y luego me doy cuenta de que me he asombrado. Pero si no tengo la sencillez de reconocer la evidencia que me hace apegarme y trato de dominarla, lo que define la vida llega a ser mi poder sobre la evidencia, no el poder de los demás sobre mí, sino mi poder sobre lo que sucede; y entonces ya no se trata de un amor, no es la obediencia a algo que se da antes: yo quedo a merced de mi poder, soy víctima de mi poder; nos quedamos solos, a merced de nosotros mismos, solos con nuestro poder, es decir, con nuestra nada. Por eso, cuando Giussani insiste en que todas las certezas nacen del asombro, nos indica una cuestión decisiva: no es suficiente con ver las cosas, es necesario que lo que vemos, la evidencia que se produce ante nosotros, sea percibida con la disponibilidad a dejarnos asombrar. O sigo este asombro – los discípulos en su día, nosotros ahora – y me someto a la evidencia de lo que veo, me adhiero a esa evidencia, o decido yo aquello que sigo, y prevalece mi poder sobre lo que sucede. En realidad, la vida es esta lucha entre el asombro y el poder, entre rendirse a la evidencia (es decir, dejarse atrapar por el atractivo de Su presencia) y resistirse a ella (haciendo prevalecer el propio interés y prejuicio).

Todo el Evangelio está atravesado por esta dialéctica, y si queréis verla en acción basta con leer en el capítulo noveno del Evangelio de san Juan, el episodio del ciego de nacimiento. Ahí podéis observar cuál es la consistencia de un "yo" que se deja determinar por la evidencia de lo que le ha sucedido. ¡Qué tipo de consistencia se necesita para luchar contra todo y contra todos, para resistir y dejar a todos "planchados"! Nada, ni toda la dialéctica de los fariseos ni las muchas razones de conveniencia pudieron moverle de su adhesión sencilla a la evidencia: «Antes no veía y ahora veo». Todo el poder de este mundo no pudo introducir en él ni una pizca de duda. ¿Por qué? Porque la certeza nacía de ese asombro, de la evidencia a la que ese hombre se adhería, y esto le daba inteligencia para combatir a todos, una inteligencia que nos deja sin palabras. El episodio del ciego de nacimiento arroja luz sobre lo que dice Giussani: el contenido de la autoconciencia es la evidencia de lo que ha sucedido, todas las certezas nacen de ahí. En dicho relato se nos presenta un hombre que era el último, el más ignorante de todos, un ciego de nacimiento que nunca había visto nada, y lo vemos enfrentarse a los fariseos, que eran los únicos que tenían formación: a pesar de ello, no fueron capaces de vencer ante la sencillez de ese hombre, que se plegaba a la evidencia. Por eso cito siempre al filósofo español Xavier Zubiri: «Lo propio de la razón no son sus presuntas evidencias, ni su rigor empírico o lógico, sino que es ante todo la fuerza de la impresión de la realidad según la cual la realidad profunda se impone coercitiva-

mente en la intelección sentiente»[73]. La alternativa a seguir la evidencia es ponerse de acuerdo. Como dice Gianni Vattimo: «No decimos que nos ponemos de acuerdo cuando hemos encontrado la verdad, sino que decimos que hemos encontrado la verdad cuando nos hemos puesto de acuerdo»[74].

Jesús no tiene problema alguno en conceder a los discípulos el tiempo necesario para que lleguen a adquirir una certeza sobre Él, y no responde a la pregunta sobre su identidad hasta que ellos mismos no han decidido ya, porque tienen todos los elementos para decidir. ¡Qué libertad tan grande! Podemos entender perfectamente por qué don Giussani retó la libertad de todos durante cincuenta años, al igual que hizo Jesús.

3. «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí»

Lo que hemos dicho hasta ahora podemos encontrarlo resumido en la primera parte de la intervención de don Giussani en la Plaza de San Pedro, el 30 de mayo de 1998, que es el testimonio que ofrece delante de toda la Iglesia hacia el final de su vida. Os pido que lo leáis después con calma. «"¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?". Ninguna pregunta me ha impresionado en la vida tanto como esta [es el problema de la vida: ¿qué es el hombre? ¿Qué soy yo? ¿Dónde está mi consistencia?]. Solamente ha habido un Hombre en el mundo que podía responderme, planteando una nueva pregunta: "¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si luego se pierde a sí mismo? O, ¿qué podrá dar el hombre a cambio de sí?". ¡No he escuchado jamás dirigirme ninguna otra pregunta que me dejara tan cortada la respiración como esta de Cristo! [Es una pregunta que lleva en sí toda la afirmación del "yo"]. Ninguna mujer ha escuchado jamás otra voz que hablara de su hijo con la misma ternura original, con la misma valoración indiscutible del fruto de su seno, con semejante afirmación totalmente positiva de su destino: únicamente la voz del hebreo Jesús de Nazaret. Pero, más aún: ¡ningún hombre puede sentirse afirmado mejor, con la dignidad de quien tiene un valor absoluto que está por encima de cualquier logro suyo! ¡Nadie en el mundo ha podido jamás hablar así! Solamente Cristo se toma toda mi humanidad en serio. Es lo que llenaba de estupor a Dionisio el Areopagita (siglo V): "¿Quién podrá hablarnos del amor singular que tiene Cristo al hombre, desbordante de

[73] X. Zubiri, *Inteligencia y razón*, Alianza Editorial, Madrid 1983, pp. 95-96.
[74] R. Girard – G. Vattimo, *Verità o fede debole?*, Transeuropa, Massa 2006, p. 32.

paz?". ¡Me repito estas palabras desde hace más de cincuenta años! […] Era una sencillez de corazón [¡he aquí de dónde le viene la certeza!] lo que me hacía sentir y reconocer como algo excepcional a Cristo, con esa certeza inmediata que produce la evidencia indiscutible e indestructible de ciertos factores y momentos de la realidad, que, cuando entran en el horizonte de nuestra persona, nos golpean hasta el fondo de nuestro corazón. Reconocer lo que es Cristo en nuestra vida afecta entonces por entero a la conciencia con la que vivimos: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida"»[75].

Así es como Cristo ha aferrado la existencia de don Giussani. Si tenemos la sencillez de reconocer la excepcionalidad de Cristo, con esa inmediatez cierta, como sucede con la evidencia indiscutible e indestructible de ciertos momentos, entonces alcanzamos una certeza que nadie nos puede arrebatar, no porque seamos unos tipos capaces, sino porque coincide con una autoconciencia del "yo" completamente penetrada de Cristo, de su memoria, de su presencia. La trayectoria que recorrió don Giussani y que nos propone es la única que nos puede permitir llegar a comprender, desde dentro de la experiencia, qué quería decir san Pablo con la expresión: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí». «"Yo, pero ya no yo": esta es la fórmula de la existencia cristiana fundada en el bautismo, la fórmula de la resurrección dentro del tiempo, la fórmula de la "novedad" cristiana llamada a transformar el mundo»[76], dice Benedicto XVI. Lo que Cristo ha comenzado en el Bautismo llega a ser mío de forma existencial, como experiencia, ese Cristo que me ha aferrado llega a ser mío de forma existencial, como experiencia, únicamente si hago este camino: es el único modo de vencer hoy el nihilismo. La convivencia con Cristo plasma la vida de tal modo que Cristo deja de ser algo yuxtapuesto y pasa a ser algo dentro de nuestro "yo": Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí.

Dice Mario Luzi: «Sostengo que esta es la plenitud cristiana del destino: / estar preparados para el evento, dejar que su fuerza nos atraviese / para que pueda volver a plasmarnos y a fundarnos»[77]. Es lo mismo que sucede en los que se dejan arrastrar así, como cuenta don Giussani del paralítico: «Jesús está allí, hablando a las puertas de una casa, y toda la gente se agolpa para escucharlo, obstruyendo el paso. Debía comer a mediodía, pero él – como

---

[75] Testimonio de don Luigi Giussani durante el encuentro del Santo Padre Juan Pablo II con los movimientos y las nuevas comunidades. Plaza de San Pedro, Roma, 30 de mayo de 1998. Publicado en L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, pp. 11-12.

[76] Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en la IV Asamblea Nacional de la Iglesia Italiana*, 19 octubre 2006.

[77] M. Luzi, «Libro di Ipazia», *Teatro*, Garzanti, Milano 1993, p. 76.

relatan los Evangelios – se olvidaba incluso de comer: era como si, frente a toda aquella gente que sufría, no pudiera marcharse. Llegan dos hombres llevando una pequeña camilla con un paralítico […]. Cristo se da la vuelta, se le queda mirando fijamente y le dice: "Ten confianza, tus pecados te son perdonados". Con extrema agudeza, con su agudeza, Jesús intuye el desánimo y la debilidad moral que normalmente acompañan a una larga enfermedad (llevaba veinte años en una cama, paralítico), lo cual es una observación psicológicamente muy acertada. Después le cura, desafiando a los fariseos que estaban allí, escandalizados porque había dicho: "Confía, tus pecados te son perdonados". Imaginad a aquel hombre que se levanta de su camastro… […] Imaginad a ese paralítico, que se ve libre, de pie, caminando entre la gente como todos los demás; todos le miran con una curiosidad temerosa por ese hecho extraño, sobrehumano (por lo menos, misterioso), que ha acontecido ante ellos. Luego él le seguirá, podrá entender mucho o poco de todas las cosas que Jesús decía. Pero lo fundamental podían entenderlo todos: dijo que era el Mesías. Al paralítico, la verdad de lo que es Cristo le llegó ligada al hecho de que fue allí en camilla y salió de la casa libre. Su relación con Dios, la forma en la que rezó esa tarde, el modo con el que luego, todos los días, acudía al templo, el sentimiento de la vida que tenía cuando veía atardecer, o cuando veía salir el sol, y cuando iba a trabajar cada mañana con el ánimo agradecido y con el alma llena de un temor misterioso, de temor y temblor hacia el misterio de Dios que había llegado hasta él con ese hombre que le había curado; en fin, su sentimiento hacia Jesús, el modo en que afirmaba que Jesús era el Mesías – y se lo comunicó también a otros, porque luego se sumó a sus filas, se convirtió en discípulo suyo –, la forma en la que iba a las ciudades, junto a otros, a anunciar que el Reino de Dios estaba entre ellos (porque Jesús estaba allí), el modo con el que se movía, el modo en que pensaba en su pasado (con toda la marea en la que se había hundido: las bajezas, las cobardías, las blasfemias), la forma en que había tratado a sus familiares y la forma en que les trataba ahora, todo ello partía de una conciencia nueva de sí mismo, de un sentido de su persona cuya fisonomía se plasmaba, nacía, del recuerdo de cómo Jesús le había aferrado, de cómo Jesús le había modelado, de cómo Jesús le había tratado, de cómo había conocido a Jesús. La Magdalena está allí, en la acera, curiosa (como todas las mujeres, pero ella en particular), observando a la muchedumbre que se agolpa detrás de aquel Jesús que se dice el Mesías (lo matarán a los dos meses); y Jesús, al pasar por allí, sin detenerse, la mira: de ahí en adelante ella ya no se mirará a sí misma, no verá a los hombres, a la gente, a su casa, a Jerusalén, al mundo, la lluvia y el sol, ya no podrá ver nada sino dentro de la mirada de aquellos ojos. Cuando se miraba al espejo,

su fisonomía estaba dominada, determinada por esos ojos. Tenía dentro esa mirada, ¿me entendéis? Su rostro había sido plasmado por ella. El modo en el que el Acontecimiento alcanzó al paralítico y el modo en el que le llegó a la Magdalena son distintos. Es el mismo Jesús, el mismo objeto de fe, pero es distinta la fisonomía con la que se les ha presentado; y esta fisonomía permanece para toda la vida. Durante toda su vida el paralítico se ha mirado a sí mismo determinado por aquel "Te perdono" que lo había hecho resurgir, incluso físicamente. La Magdalena ha mirado toda su vida – en detalle y en su conjunto – dentro de aquella mirada a la que no acompañó ni una sola palabra hasta días más tarde, cuando él, que se decía profeta, fue invitado a comer en la casa del jefe de los fariseos, quienes querían pillarlo *in fraganti*; ella entró en la sala sin pedir permiso a nadie, silenciosamente, y se echó a sus pies, lavándolos con su llanto y secándolos con sus cabellos, en medio del escándalo de todos (¡si este fuera profeta, sabría qué clase de mujer es esa!). Ella no podía ver toda su vida – en detalle y en su conjunto –, no podía sentirla, no podía vivirla sino dentro de aquella mirada»[78].

Pero, ¿cómo me alcanza hoy el Acontecimiento? Lo hemos visto: a través del carisma. «El modo con el que te alcanza el Acontecimiento plasma tu rostro, tu personalidad. Cuando digo "yo", digo una personalidad; cuando uno dice "yo", habla de una personalidad; cuando cada uno de vosotros dice "yo", dice una personalidad: todos somos hombres, pero la personalidad de cada uno es distinta, se forja de distinta manera, porque el ser me ha llegado a través de mi padre y de mi madre, el misterio del ser te ha llegado a través de tu padre y de tu madre, que son distintos de los míos, y por eso, ha plasmado un rostro distinto. El modo con el que te alcanza el Acontecimiento decide tu personalidad, da a tu personalidad las características que tendrá para siempre. Y esto es evidente en quienes se toman en serio a Jesús. Inmediatamente, si hay gente así, el ambiente se hace cálido, más vibrante, se anima, se llena de vida: están todos quietos, todos sentados, pero llenos de movimiento, se colma de propuestas distintas; y exige que tú, que hablas, cambies las palabras o escojas las palabras que se adapten a los distintos modos de escuchar, a tantas personalidades distintas. El modo con el que te alcanza el Acontecimiento plasma tu personalidad si te adhieres a él. Si te adhieres: o sea, si la presencia del Misterio – el Acontecimiento – te impacta, te modela, te invade, y tú lo hospedas; con temor y temblor, pero lo hospedas. Entonces te cambia el rostro. Diría más: saca a la luz, exalta toda tu capacidad, tu originalidad, tu genialidad. Como dice Miguel Mañara: "¡Por qué no he aprendido antes a poseer un alma buena!". El carisma es el

[78] L. Giussani, *De un temperamento, un método*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 9-12.

modo en el que el Acontecimiento te alcanza. Eres un paralítico; te alcanza, y durante toda tu vida partirás de ese recuerdo; sin darte cuenta, partirás de ese recuerdo: tu rostro, tu carácter, serán plasmados, esto es, tu carácter se potenciará, se evidenciará, por aquel recuerdo. El carisma se convierte en el modo con el que llegas a ser tú mismo. ("¿Por qué he esperado tantos años para entender que mi alma es buena?", se pregunta Miguel Mañara, el delincuente, el asesino). Y el carisma te alcanza siempre a través de unas palabras, de un discurso, a través – más precisamente – de un encuentro. Un encuentro: has encontrado esta compañía; y esta es la modalidad con la que el misterio de Jesús, Jesús, la presencia de Jesús en la historia, ha llamado a la puerta de tu casa. Ahora – ¡ahora! – te está llamando de la misma manera, porque es "ayer, hoy y siempre". Siguiendo esta compañía te vuelves tú mismo, o sea, tratando de concebir la vida como la concibe esta compañía, tratando de sentir las relaciones como te indica esta compañía, como te sugiere esta compañía, según el ejemplo que te da esta compañía (por ello es importante el que es más grande o tiene autoridad). Te vuelves tú mismo si obedeces, si te ensimismas con las características de esta compañía. […] Entonces el problema no es el de observar ciertas reglas, sino el de identificarte con un espíritu, ensimismarte con una mentalidad, con una sensibilidad; es decir, identificarte con un carisma – es el término general –, con la modalidad con la que el Misterio de Dios hecho hombre te ha alcanzado persuasivamente y te ha dicho: "¡Ven!". "¿Adónde?", le has preguntado. "A esta compañía". ¿A través de qué te ha alcanzado? A través de esta compañía. Si te identificas con ella, tu fisonomía, tu carácter, tu personalidad, reviven, renacen; descubres que sientes, que actúas, que entiendes cosas que nunca habrías pensado (esto se comprende, sobre todo, en lo cotidiano, ante lo que nunca te habrías detenido: "¡Pero mira qué bonito! Lo había leído doscientas veces y no me había dado cuenta"). Este es el umbral del infinito, el umbral de lo eterno, pero el umbral de lo eterno que vive en tus propios ojos, en los latidos de tu corazón, en tu tacto, y sobre todo en tu mirada a la realidad, en tu inteligencia, en la lectura que haces de la realidad, que se vuelve una lectura nueva – de niño o de sabio – de cosas que descubres que están escritas con caracteres claros como nunca lo habrías soñado»[79].

La modalidad con la que el Acontecimiento te alcanza y plasma tu rostro es el carisma de don Giussani. A través de él podemos ver cómo es posible vivir la realidad, incluso las situaciones más dramáticas, con una novedad dentro de la mirada, con una capacidad de gozo que de otro modo sería imposible.

[79] *Ibidem*, pp. 12-15.

Me escribe una de vosotros: «La otra noche, en la Escuela de comunidad, me preguntaba por qué deseaba gritar a todos las razones que he descubierto, porque antes no pensaba que fuera posible vivir con gozo determinadas situaciones dramáticas. Aunque lo había visto con mis propios ojos en personas cercanas a mí, en el fondo, en el fondo, no creía que pudiese ser también para mí». Es la sorpresa de ver que sucede en nosotros algo que nunca habíamos pensado.

Lo decía el Papa en Cuba: «La Iglesia vive para hacer partícipes a los demás de lo único que ella tiene, y que no es sino Cristo»[80]. Si nosotros vivimos así, entonces podremos testimoniar ante todos quién es Cristo y qué novedad introduce en la vida.

Por eso el interés de Giussani consistía en que se suscitara un sujeto nuevo capaz de dar testimonio de Cristo: «Debemos colaborar, ayudarnos al surgimiento de sujetos nuevos, es decir, de gente consciente de un acontecimiento que se convierte para ellos en historia, pues en caso contrario podemos crear redes organizativas, pero no construimos nada, no aportamos nada nuevo al mundo. Por ello, lo que mide el incremento del movimiento es la educación en la fe de la persona: acontecimiento reconocido que se convierte en historia. Cristo se ha convertido en historia para ti porque te ha tocado a través de eso que llamamos encuentro; ha penetrado en ti de alguna manera, se ha convertido en un "ser interno" dentro de tu ser. De modo que tenemos alguien en quien reconocer, en quien reconocer la totalidad de nuestra humanidad, tenemos alguien en quien reconocer el valor del mundo y la totalidad del mundo. Todo procede de la confianza en este "algo" a lo que podemos mirar, algo más grande. Pero la influencia en el ambiente, en la sociedad, procede del hecho de que reconocer este acontecimiento, vivir la fe, confiar en este "algo" más grande, de lo que estamos hechos, que se ha convertido en compañero, hace que nuestra persona sea distinta, nos cambia, nos cambia de alguna manera; y por eso nos convertimos en perturbadores de una normalidad insoportable, en exaltadores de la verdadera normalidad, es decir, de la normalidad que es relación con el infinito: lo pequeño se vuelve grande, todo se vuelve grande. Y esto llena de rabia a los demás, porque les quita cualquier pretexto de rebelión y de violencia»[81].

Esta es nuestra contribución al mundo de hoy, en un momento en el que el desconcierto se extiende por todas partes.

---

[80] Benedicto XVI, *Homilía en la Santa Misa en la Plaza de la Revolución de La Habana*, 28 marzo 2012.

[81] Equipe del CLU, 10 febrero 1990, Archivo de CL.

SANTA MISA

Liturgia de la Santa Misa: Hch 6,1-7; Sal 32 (33); Jn 6,16-21

HOMILÍA DE DON MICHELE BERCHI

«Soy yo» (*Jn* 6,20). Esta es la palabra llena de autoridad que espera nuestro corazón. Lo que necesitamos todos los días de nuestra vida es esta afirmación cierta y poderosa. Necesitamos escucharla todos los días dentro de cada circunstancia, dentro de la realidad que vivimos.

«¡Soy yo!». Si Él no nos ha alcanzado así, acabamos a merced de las olas, de los vientos adversos, remando inútilmente.

«¡Soy yo!». ¡Eres Tú! Y se aplacan los vientos y las olas, en medio de las cuales remamos. Pero se aplacan no porque cambien las circunstancias, sino porque nuestro corazón ya no está a merced del oleaje, del viento. Dar paz a tu corazón es un milagro más grande, más poderoso que calmar el viento y las olas.

«¡Soy yo, no tengáis miedo!». Como siempre, el Señor da en el clavo. Tal vez antes de estos Ejercicios habríamos respondido: ¿miedo?, ¿a qué? Sin embargo, esto es tal vez lo que se esconde en el fondo de nuestro corazón. El miedo que, como se nos ha dicho estos días, se enraíza en nuestra inseguridad; es el miedo a la realidad que no controlamos, a la realidad que percibimos amenazante, el miedo a no ser capaces, el miedo a que todo esto sea una ilusión, el miedo a no resistir, el miedo por los hijos, por los amigos, por el trabajo, el miedo ante la realidad. Y el miedo no se pasa por estar muy juntitos. Es más, si Él no está, podemos juntarnos todo lo que queramos, podemos decirnos unos a otros: «No tengas miedo», pero cuanto más nos lo decimos, más nos asustamos. Cuanto más juntitos estamos, más pierde el equilibrio la barca.

«¡Soy yo, no tengáis miedo!». Sólo Tú, Jesús, puedes decir a nuestra vida: «¡No tengáis miedo!». Sólo Tú. Es precioso que el evangelista (que esa noche estaba en la barca) diga, casi de pasada, que «querían recogerlo a bordo» (*Jn* 6,21). Querían. Habría podido escribir: «Subió a la barca», «les dio alcance»; pero escribió: «Querían». Por nuestra experiencia, esta observación se llena de significado y de claridad. Lo sabemos muy bien: no es automático, se necesita nuestra libertad: querían. Deseo, pido quererlo.

Esta es nuestra única tarea: quererle. «… la barca tocó tierra enseguida» (*Jn* 6,21). El verbo que utiliza Juan para decir que llegaron, que tocaron tierra enseguida, es el mismo que usa para hablar de la marcha de Jesús hacia el Padre. Nuestro Destino coincide con su presencia, con Él presente

entre nosotros, en nosotros. Y entonces se toca tierra, y podemos tocar por fin las cosas, tocarlas en su verdad.

Sólo tenemos que querer que subas a bordo. Tú, que caminas sobre las aguas para alcanzarnos y para no dejarnos solos en la travesía de la vida.

Domingo 22 de abril, por la mañana

A la entrada y a la salida:
Wolfgang Amadeus Mozart, "Gran Misa" en do menor, K. 427 (417a)
Barbara Hendricks, soprano I - Janet Perry, soprano II - Peter Schreier, tenor - Benjamin Luxon, bajo
Wiener Singverein - Helmut Froschauer, maestro del coro - David Bell, órgano
Herbert von Karajan - Berliner Philharmoniker
"Spirto Gentil" n. 24, Deutsche Grammophon

Don Pino. ¿Cuál es la diferencia, en este instante, entre un recuerdo devoto, entre recitar una fórmula litúrgica, y la posibilidad de ser nuevamente heridos, aferrados, catalizados por un hecho totalizante, que no necesita añadidos, precisiones, correcciones ni análisis? Don Giussani respondía en esas tres líneas pronunciadas el 30 de mayo que Julián retomó ayer: «Era una sencillez de corazón lo que me hacía sentir y reconocer como algo excepcional a Cristo, con esa certeza inmediata que produce la evidencia indiscutible e indestructible de ciertos factores y momentos de la realidad que, cuando entran en el horizonte de nuestra persona, nos golpean hasta el fondo de nuestro corazón».

Angelus

Laudes

■ ASAMBLEA

Davide Prosperi. La finalidad de la asamblea no es cerrar los problemas, dar por terminadas las preguntas que han nacido en estos días sino, por el contrario, abrirlas, fijar en ellas la atención, para que lo que hemos vivido aquí se convierta en un paso seguro en el camino. Entre las numerosas preguntas que nos han llegado, muchas insisten en cómo hacer, en cómo ayudarnos, en qué puede ayudarnos a afrontar el desafío que se nos ha dirigido en estos días. Siendo fieles al método propuesto (no os esperéis un milagro o algo mágico, sino un camino) no podemos responder con una receta, porque sería un engaño. Hemos privilegiado las preguntas que nos permiten comprender con mayor profundidad de qué se trata, porque esto es lo que puede ayudarnos en nuestro recorrido. Luego cada uno camina a su ritmo, y esto no nos asusta, es más, forma parte del gusto del camino.

Primera pregunta: ¿Qué significa que mi humanidad, exactamente tal como es, se me da para reconocer a Cristo, es decir, que no es un problema sino un recurso?

Julián Carrón. Como señalamos ayer, que nuestra humanidad, tal como se nos ha dado desde nuestro nacimiento, con su apertura original abierta de par en par a la realidad – de la que la curiosidad del niño es la expresión más sencilla – es un recurso, está documentado por el hecho de que Jesús llama "bienaventurado" a aquel que tiene esta actitud, al que reconoce su humanidad, su apertura original. Las bienaventuranzas no son un elenco de reglas morales respecto a las que haya que dar la talla, no son un nuevo decálogo, como se piensa muchas veces; las bienaventuranzas son la actitud que Jesús exalta como la condición para reconocerle porque Él nos ha hecho con este deseo ilimitado para poder compartir con nosotros la plenitud que Él mismo vive en el seno de la Trinidad. Ha querido crearnos, tan pobres como somos, tan "nada", con este corazón abierto a la totalidad, para que podamos acogerle y participar en el gozo, en la plenitud que desborda de su Misterio, de su ser. Por tanto, nuestra humanidad, tal como ha sido hecha, es la condición para que podamos tener conciencia de quién es Él. Por eso dice don Giussani que la cima de la creación, de la realidad, es que haya alguien, un ser en la realidad que pueda reconocerle. Por eso es bienaventurado el que tiene esta apertura total. Con frecuencia llevamos a cabo una doble reducción. Por un lado, reducimos el corazón – nuestro ser completamente abierto, con nuestras exigencias de belleza, de verdad, de justicia, de amor, de plenitud – a un sentimiento; por otro lado, al mismo tiempo, reducimos la realidad a apariencia. Para ayudarnos a evitar tales reducciones, Giussani dice siempre que la realidad se vuelve transparente en la experiencia. Lo que somos, la naturaleza de nuestro corazón, se vuelve evidente en nuestra relación con la realidad, no en una reflexión abstracta sobre nuestro corazón o sobre la realidad, sino en el impacto con la realidad, que despierta toda la exigencia de nuestro corazón, toda la exigencia de la razón, de la felicidad. Y entonces descubro qué deseo. Por tanto, descubrimos nuestro corazón – nos ha dicho don Giussani – cuando se implica en aquello que experimenta. Porque, como veis muchas veces en vuestros hijos, y como nos pasa también a nosotros, todos nos hacemos una idea de lo que deseamos, como se la hacían los discípulos (nada nuevo bajo el sol…), también ellos se hacían una idea sobre lo que podía contentarles de verdad. Nos lo hemos recordado últimamente: cuando los discípulos vuelven de la misión "emocionados" por el éxito, Jesús les mira con una ternura llena de afecto y les dice: «Pero, ¿no os dais cuenta de que

esto no es suficiente? No os alegréis por esto, porque ya sabéis que con el paso del tiempo dejará de bastaros. Sólo la relación conmigo puede saciar vuestra sed». Y lo tenían delante – esto es decisivo, por eso insisten tanto Giussani en esta condición humana –. No es que los discípulos no tuvieran a Jesús delante de ellos: tenían el éxito y tenían a Jesús, pero seguían alegrándose más por el éxito que por el hecho de ser sus amigos y de que sus nombres estuvieran escritos en el cielo. No eran leales consigo mismos, y por ello no podían comprender el alcance de Jesús. En definitiva, sin una conciencia tierna y apasionada de nosotros mismos, cambiamos a Jesús por cualquier otra cosa: por el éxito, por el dinero, por el placer. ¡Hasta tal punto que podemos irnos como si no hubiese pasado nada, cambiando la pertenencia a Jesús por un enamoramiento o por hacer carrera! Por eso hemos citado con frecuencia la frase que dijo Juan Pablo II en Ciudad de México en 1979: «No habrá fidelidad [...] si no existe en el corazón del hombre una pregunta, para la cual sólo Dios tiene respuesta, mejor dicho, para la cual sólo Dios es la respuesta». ¡Sólo Dios, sólo Cristo! Pero para reconocer que sólo Cristo es la respuesta, se necesita una pregunta que sea verdaderamente humana. En caso contrario, podemos seguir hablando de Cristo – ¡lo nombramos incluso demasiadas veces! –, pero nuestra experiencia no es experiencia de Cristo. Muchas veces lo cambiamos por cualquier otra cosa, hasta tal punto que si las cosas no suceden según la imagen que nos hemos hecho, entonces pensamos que Cristo nos ha abandonado. ¡No! Es completamente distinto. Cristo no te toma el pelo, no se contenta con darte una respuesta de la que puedas estar desilusionado mañana. La respuesta de Cristo se llama "amor". Por eso se entiende la insistencia de don Giussani, como dijimos ayer, sobre la necesidad de una humanidad completa para reconocer a Jesús. Es el primer párrafo de la Introducción de *Los orígenes de la pretensión cristiana*: «Para afrontar el tema de la hipótesis de una revelación y de la revelación cristiana, no hay nada más importante que la pregunta sobre la situación real del hombre. No sería posible apreciar plenamente qué significa Jesucristo si antes no apreciáramos bien la naturaleza del dinamismo que hace del hombre un hombre. Cristo se presenta, en efecto, como respuesta a lo que soy "yo", y sólo tomar conciencia atenta y también tierna y apasionada de mí mismo puede abrirme de par en par y disponerme para reconocer, admirar, agradecer y vivir a Cristo. Sin esta conciencia incluso Jesucristo se convierte en un mero nombre»[82]. Nuestro problema es la falta de lealtad con nosotros mismos, con toda la exigencia que hay en nosotros. Y lo entendemos per-

[82] L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 9.

fectamente: cuando buscamos en otras cosas la satisfacción, vemos claramente que ellas no nos bastan, que no nos corresponden. Si cambiamos a Cristo por cualquier otra cosa, es debido a una deslealtad con nosotros mismos. No es un problema de los demás, no es un problema del poder, no es un problema del universo: es nuestro problema, es el problema de nuestra inmoralidad.

Prosperi. ¿Podrías explicar mejor la afirmación de que la irreductibilidad de Cristo constituye nuestra esperanza?

Carrón. Lo que tratamos de explicar ayer con el pasaje del Evangelio que sigue a la multiplicación de los panes y los peces puede servirnos para comprender en qué consiste la irreductibilidad de Cristo. Porque Jesús es verdaderamente otra cosa: ¡Jesús es otra cosa! Sí, nosotros podemos contentarnos entre nosotros, con los hijos y con los amigos, podemos reducir nuestra necesidad, pero Cristo no hace lo mismo con nosotros, y este es el signo más evidente de lo distinto que es. Atención, Jesús no es abstracto, se da cuenta perfectamente de que esa gente necesita pan. De hecho, empieza respondiendo a esa necesidad: multiplica los panes. Todos están tan asombrados que quieren hacerle rey. Pero Jesús no se contenta con eso. Ya le han reconocido, habría podido contentarse con eso… Pero Jesús sabe perfectamente que esos hombres, porque son como todos, han reducido su deseo, han reducido su humanidad, su necesidad. Y Él habría podido ceder: «Vale, está bien, si os contentáis con esto, arregláoslas vosotros…». Pero Jesús no cede e insiste; como sabe cuál es la naturaleza de su necesidad, insiste: «Mirad que vuestra necesidad de plenitud es mayor que vuestra hambre natural de pan; de hecho, muchos de vosotros tenéis pan, pero os falta el gusto de vivir; a muchos de vosotros os va bien la vida, pero esto no basta para que tenga un sentido, un significado, no es suficiente para levantarse por la mañana, para afrontar las dificultades, ¡no basta, no basta! Por eso, si no coméis la carne del Hijo del Hombre y si no bebéis su sangre, no podéis tener vida en vosotros. Sólo si me dejáis entrar como respuesta a vuestra necesidad podréis ser de verdad vosotros mismos, aquello para lo que habéis nacido, lo que cada uno de vosotros desea para sí y para sus hijos y amigos»[83]. Jesús sabe perfectamente que si sigue por este camino habrá problemas; habría podido ceder ante el miedo al rechazo, a la incomprensión, a la soledad, al abandono. ¡Cuántas veces este miedo nos bloquea en nuestras relaciones! Por eso digo siempre que la libertad es

[83] Cf. *Jn* 6,1-71.

un bien muy escaso, verdaderamente escaso: no es fácil encontrar personas que sean irreductibles ante la verdad. Jesús habría podido ceder. Pero, ¿cuál es la esperanza para los discípulos y para nosotros? Que Él no ceda, que siga retándonos incluso cuando la tentación sería ceder. La única esperanza para nosotros es que existe Alguien que es irreductible a nuestro poder, a nuestros intentos de reducción, a nuestra búsqueda de algo más cómodo porque es menos exigente. Cristo es irreductible: ¡esta es nuestra esperanza! Aquí se muestra verdaderamente el misterio último de Jesús. ¿Qué hace que Jesús sea tan irreductible, que no se avenga a compromisos, que no acepte reducción alguna de la propuesta, que sea tan independiente de la comprensión o incomprensión de los demás, tan inasequible al miedo a quedarse solo y tener que empezar desde el principio? Su relación con el Padre, justamente porque era el Hijo de Dios: «¿También vosotros queréis marcharos? Yo nunca estoy solo. El Padre que está conmigo es el que define mi vida». Hasta el punto de que cuando después se queda solo porque todos, incluso los discípulos, lo han abandonado, no cede ante el intento de Pedro que le dice: «Pero, ¿por qué la pasión y la muerte? ¿Quién te pide que hagas esto?». «¡Aléjate de mí!»[84]: únicamente el vínculo último con el Misterio, con el Padre, permite a Jesús ser tan libre e irreductible. Su fuerza es su autoconciencia, que está definida por la pertenencia al Padre, la conciencia de su relación con el Padre. No se le ahorra el sufrimiento. Cristo ha introducido en la historia la figura de un hombre con una autoconciencia tal, con una conciencia del vínculo que le constituye tal, que ningún poder de este mundo puede eliminarlo. Pueden matarlo, eso sí, pero no le pueden separar de Aquel al que está más ligado que a sí mismo: el Padre. Esto es lo que Él nos quiere comunicar. Amigos, sin este vínculo y sin esta autoconciencia nunca seremos irreductibles, tampoco en la relación entre nosotros. No necesitamos personas que se avengan a compromisos –como si nuestro problema fuese que no se enfadasen o no quedarnos solos –, necesitamos verdaderos amigos, compañeros de camino. La verdadera amistad es la que nos testimonia Jesús. ¿Él quería a sus discípulos o no? Digámoslo con claridad. ¿Era su amigo, le importaba su destino, o no? ¿Nos importa acaso nuestro destino y el de nuestro amigos de la misma manera, siendo irreductibles? ¡Atención, no confundamos el ser "irreductibles" con "apalear a los demás"! No se trata de dar palos o de insistir en un sentido moralista, sino de testimoniar su irreductibilidad: esta es la verdadera insistencia sobre los demás. Jesús no les violenta, ¡sencillamente no cede a su medida! La irreductibilidad no equivale al permiso para entrar en la con-

[84] Cf. *Mc* 8,33.

ciencia del otro para "apalearlo". ¡Cuidado! La verdadera irreductibilidad es un testimonio, como hemos visto en don Giussani de forma evidente: no se avenía a compromisos. Me escribe una persona en una carta a propósito de una de las últimas Escuelas de comunidad: «En la Escuela de comunidad del pasado miércoles, como me sucede últimamente, me costó mucho seguirte [lo siento]. Experimento una dificultad subjetiva para entrar en tu terminología y en los caminos que nos propones para llegar a conclusiones que iluminen la vida. También este miércoles te escuché como un púgil sonado, tratando de conectar contigo pero sin conseguir gran cosa: me llegaban palabras más que conceptos articulados, y entre éstas, "reducción", "reducción", "riesgo de reducir", "tendemos a reducir a Cristo a nuestra medida". Y otras palabras igualmente machaconas: "irreductible", "Cristo irreductible". Una verdadera paliza para un púgil que estaba contra las cuerdas. No comprendía nada, y tú seguías golpeando. Pero hacia el final de la Escuela sucedió un hecho: la palabra "irreductible" entró en mí como el viento a través de una ventana abierta de repente. ¿Cristo irreductible, Cristo no reducible a mi medida? ¡Pero eso es lo que yo quiero, lo que he buscado toda mi vida! Siempre he buscado algo que fuera infinitamente más grande que yo, y me fastidiaba profundamente ese "Cristo" marioneta en las manos de cualquier ser humano incluso demasiado humano. Si es así, si Cristo es de verdad todo, Él es la medida de todo, Él y nadie más. A la salida caminaba verdaderamente como un púgil sonado, y después de dos días estoy todavía en el mismo estado de sorpresa total y de asombro por este descubrimiento sencillo, por esta revelación. Cristo me ha aferrado. Es inútil añadir nada más».

Prosperi. Entre las muchas preguntas que se refieren a la contraposición entre asombro y poder, formuladas de distintas maneras, hemos elegido esta porque ayuda a comprender el núcleo de la cuestión. Me he quedado muy impresionado ante el ciego de nacimiento del Evangelio por la inmediatez con la que reconoce la evidencia de lo que le ha pasado, a pesar de no tener ningún instrumento, ni formación, ni cultura, etc. ¿Por qué para mí, que en teoría tengo más instrumentos, es tan fácil cambiar de método?

Carrón. Por la falta de sencillez de corazón. Releamos juntos el episodio del ciego de nacimiento, siguiendo paso a paso el relato del capítulo nueve del Evangelio de san Juan. Empieza con los discípulos que, como puede verse, tienen la misma mentalidad que todos: «¿Quién pecó: este o sus padres, para que naciera ciego?». Y Jesús: «Ni este pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios». Entonces escupe en

la tierra, hace barro con la saliva, se lo unta en los ojos al ciego y le dice: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé». El ciego de nacimiento va, se lava, y vuelve con la vista recuperada. Y empieza el lío. Los vecinos y los que le habían visto antes, porque era un mendigo conocido, dicen: «¿No es este el que se sentaba a pedir?». Algunos dicen: «Es él». Otros: «No es él, pero se le parece». Él dice: «¡Soy yo. No os confundáis, soy yo!». Y entonces le preguntan: «¿Y cómo se te han abierto los ojos?». «Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en los ojos y me dijo que fuese a Siloé y que me lavase. Entonces, fui, me lavé, y empecé a ver». Le dicen: «¿Dónde está ese Jesús?». «No lo sé». Entonces, llevan ante los fariseos al que había sido ciego, porque ese día era sábado. También los fariseos le preguntan – segunda vez – cómo ha adquirido la vista. Lo acababa de decir, era fácil reconocerlo, ¿no? Y él: «Me puso barro en los ojos, me lavé y veo». Sencillo. Entonces algunos fariseos comentan: «Este hombre no viene de Dios porque no guarda el sábado». Otros dicen: «¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?». Y se produce una discusión entre ellos, porque cuando no se tiene sencillez para reconocer los hechos… Entonces, como si no hubiese pasado nada, interrogan de nuevo al ciego de nacimiento: «Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?». «Que es un profeta». Pero los judíos no quieren creer. ¿Qué es lo que no quieren creer? ¿Que Jesús sea un profeta? ¡No, no quieren creer que ese hombre fuera ciego y haya recuperado la vista! Es decir: para eliminar el problema deben eliminar la realidad, la primera deslealtad se produce ante la realidad. Entonces implican a los padres: «¿Es este vuestro hijo, de quien decís vosotros que nació ciego?». Atención: no dicen que "era" ciego de nacimiento, sino que los padres "decían" que había nacido ciego. «¿Cómo es que ahora ve?». «Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo ve ahora no lo sabemos. Preguntádselo a él». Los padres responden de este modo porque tienen miedo a los judíos, que habían decidido expulsar de la sinagoga a todo aquel que reconociera a Jesús. Entonces llaman de nuevo al hombre que había sido ciego y le dicen: «Da gloria a Dios: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador». «Si es un pecador, no lo sé; sólo sé que yo era ciego y ahora veo». Entonces le preguntan otra vez (¡increíble!): «¿Qué te hizo, cómo te abrió los ojos?». «Os lo he dicho ya, y no me habéis hecho caso, ¿para qué queréis oírlo otra vez?, ¿también vosotros queréis haceros discípulos suyos?». Entonces empiezan a insultarle: «Discípulo de ese lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés». ¡Moisés se convierte en la coartada para borrar la realidad, en nombre de Moisés niegan la evidencia! Tremendo. «Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios, pero ese no sabemos de dónde viene». Y aquí el ciego los deja "planchados": «Pues

eso es lo raro: que vosotros no sabéis de dónde viene y, sin embargo, me ha abierto los ojos». Llega incluso a ser inteligente, ¿entendéis? Esta es la inteligencia nueva, la verdadera inteligencia. Cuando Giussani dice que la inteligencia consiste en la actitud que tenían Juan y Andrés se refiere a esto: es la inteligencia de este ciego, mucho más inteligente que el esfuerzo analítico de los demás por negar la realidad (he aquí la ideología: ya no hay hechos, sólo interpretaciones). Pero sigue el ciego de nacimiento: «Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino al que es piadoso y hace su voluntad. Jamás se oyó decir que nadie le abriera los ojos a un ciego de nacimiento. Haced las cuentas con la realidad: jamás se oyó nada semejante desde que el mundo es mundo. Si este no viniera de Dios, no tendría ningún poder para hacer lo que ha hecho». Los otros pierden los papeles: «Has nacido completamente empecatado, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros? El criterio somos nosotros, no tu corazón, no tu sencillez. El criterio somos nosotros, que somos los jefes»[85]. ¿Entendéis por qué es tan decisiva nuestra humanidad? Sin mi humanidad, sin mi corazón como criterio de juicio, sin que yo pueda reconocer la verdad, siempre hay alguien que me enseña lo que tengo que hacer. En esto consiste la alternativa entre el asombro y el poder. Aquí vemos el drama ante el cual se encuentra cada uno de nosotros: dejar prevalecer la sencillez y el asombro ante la evidencia de lo que sucede (de donde nacen las certezas), o bien imponer nuestro poder o ser secuaces del poder de los demás. El asombro no depende de los demás, no depende del poder; el último en llegar, como el ciego, ignorante (esto es lo más asombroso), puede mostrarnos cómo es posible vencer cualquier poder: sólo se necesita sencillez ante la realidad, dejarse arrastrar por el asombro que – como escuchamos ayer – no es algo sentimental, sino un juicio. El amor es un juicio de reconocimiento que arrastra toda la sensibilidad. La certeza nace del reconocimiento de esta evidencia. En esto consiste el cambio radical de método. ¿Por qué – como plantea la pregunta – consiguió el ciego de nacimiento hacer lo que nosotros no conseguimos hacer, él, que no tenía formación ni cultura alguna? Leamos juntos el texto de Escuela de comunidad, porque ahí está todo: «Si Dios hubiese manifestado en la historia humana una voluntad particular, hubiese marcado un camino para alcanzarle, el problema central religioso ya no sería el intento, en todo caso expresivo de la gran dignidad del hombre, de "fingirse" a Dios; todo el problema se centraría en el puro gesto de la libertad: que acepte o rechace. En esto consiste el cambio radical. Ya no es central el esfuerzo de una inteligencia y de una voluntad constructiva, de

[85] Cf. *Jn* 9,1-34.

una laboriosa fantasía, de una complicada moral, sino la sencillez de un reconocimiento; una actitud análoga a la de quien, al ver llegar a un amigo, le identifica entre los demás y le saluda. La metodología religiosa perdería, en esta hipótesis, todas su características inquietantes de remisión enigmática a algo lejano, y coincidiría con la dinámica de una experiencia, la experiencia de algo presente, la experiencia de un encuentro. Hay que señalar cómo el primer método favorece al inteligente, al culto, al afortunado, al poderoso; con el segundo método resulta en cambio favorecido el pobre, el hombre común»[86]. Si nosotros no somos como el ciego de nacimiento, es sólo porque no tenemos su sencillez ante la evidencia de tantos hechos, no tenemos la pobreza del hombre común que se deja arrastrar por la evidencia de lo que sucede. Pensamos que somos más inteligentes. Pero habría que ver si, no teniendo esta pobreza, somos realmente inteligentes.

Prosperi. Otra pregunta: ¿Qué quiere decir en concreto que no decido yo el maestro al que seguir? En este momento, decir que don Giussani es el maestro al que seguir me parece abstracto, no es capaz de vencer la lejanía que separa mi corazón de Cristo. En las circunstancias cotidianas necesito tener una persona cercana a la que mirar, y por eso no entiendo: ¿quién es el maestro al que sigo?

Carrón. El maestro no lo elijo yo. El maestro sólo puedo reconocerlo. No decidimos nosotros quién nos ayuda a recorrer el camino, quién nos ayuda de verdad a vivir: lo reconocemos, nos sorprendemos – escuchando ciertas cosas o compartiendo ciertas situaciones con personas, como testimoniaban algunas de las cartas que leí ayer – atraídos por alguien que tiene un juicio distinto, que corresponde más a la espera de mi corazón. Esto no lo decidimos nosotros, sino que lo reconocemos. Repito: el maestro uno lo reconoce. ¿Y esto elimina mi "yo"? ¡No! Porque sin mi "yo", como hemos dicho, no soy capaz de reconocer al maestro, de reconocer qué corresponde de verdad a mi espera, qué está a la altura de mi deseo, de mi humanidad, de mi drama. Por tanto, para reconocer – ¡qué riesgo corre el Misterio! – entre los muchos rostros con los que nos topamos en la vida, "el" rostro, se necesita la propia humanidad. No decidimos nosotros qué o quién nos corresponde. Lo reconocemos, como decía Tarkovski en la cita que leímos ayer: «De repente hallas entre la muchedumbre la mirada de alguien – una mirada *humana* –, y es como si te hubieras acercado a algo divino que estaba escondido. Y todo se hace de repente más sencillo». Os he contado

[86] L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 39.

muchas veces mi experiencia. Yo estaba en España, y durante muchos años apenas veía a don Giussani; pero lo único que podía decir claramente es que no era algo abstracto para mí, porque yo sabía, incluso en la lejanía, a través de los instrumentos que tenía a mi disposición (muchos menos de los que tenemos ahora), qué era lo que me ayudaba en la vida. Había leído muchas cosas en mi vida, pero lo que de verdad me acompañaba era lo que le escuchaba a él. Mi trabajo consistía en una comparación con lo que me llegaba, que no era un rostro sin más, sino que era un rostro a través de un texto, a través de las muchas cosas que hacía; y luego con mis amigos intentábamos ayudarnos a comprender cada vez más, porque lo único que buscábamos era seguir lo que se nos proponía. La persona que nos ayuda no es simplemente la que está a nuestro lado, sino la que ilumina la vida, aunque esté al otro lado del océano; es esa persona que tú sientes, al vivir, que ilumina tu vida. Y por eso – ahora que don Giussani ya no está en este mundo – no tengo otra cosa que proponeros, como visteis ayer, mas que su carisma. No es que yo quiera "repetir" a Giussani, no; el hecho es que no tengo nada más interesante que decir, porque no hay nada que sea más pertinente a nuestra situación, a la circunstancia histórica que debemos afrontar, que lo que él ha dicho: la Escuela de comunidad, los gestos, los textos, toda la propuesta de una experiencia que él ha testimoniado de muchas formas. Podemos hacer este parangón constante, y ver si estamos dispuestos o no a seguir a don Giussani. Además, evidentemente, os deseo a cada uno que tengáis cerca amigos, que podáis encontrar en ellos esa compañía que os ayude a seguir, en el grupo de Fraternidad, en la comunidad. Deseo que sea así para todos, pero lo que nos ofrece el criterio para saber si estamos siguiendo es lo que nos decimos juntos, sobre todo durante los Ejercicios. Y si no seguimos, no podremos lamentarnos de nuestra inconsistencia; no es suficiente con estar aquí calentando la silla, si no nos identificamos y no buscamos constantemente que lo que escuchamos se convierta en experiencia. Desde este punto de vista, resulta muy sintomática la respuesta que ofreció don Giussani a alguien que le había hablado de la abstracción que sentimos muchas veces: «Dije en Rímini que el "yo" es la encrucijada entre lo eterno y la nada, y esto se traduce existencialmente, históricamente, en el reconocimiento o no de Cristo. Decir que no a Cristo, no decir Cristo, es igual que decir: "Todo es nada". Decidme lógicamente si puede terminar de manera distinta, ¡decídmelo!; tanto es así que el sumo ideal humano, que parece ser el budista, concibe la solución de todo como una gota que entra en el mar, que se confunde con el mar, el mar armónico de la totalidad. ¡Qué bella armonía! ¡Que el "yo" desaparezca! ¡Que desaparecer sea lo que te urge! […] Sí. Lo que sentimos abstracto es

algo a lo que de antemano hemos dicho que no. Porque si no he dicho que no, aunque me parezca abstracto, comprendo que tengo que hacer todo el esfuerzo necesario para que se vuelva concreto, para que se convierta en experiencia. Os juro que todo lo que hemos dicho se convertirá en experiencia, ya se ha convertido para nosotros: es el motivo por el que estamos aquí. ¡Con qué descaro reuniríamos a tanta gente así para contarles mentiras! No se puede tener ese descaro; haría falta ser políticos o proxenetas: y siempre sería cuestión de dinero, porque el poder es sólo para tener dinero. Algo es verdadero o no lo es. Decir de una cosa verdadera que es abstracta significa que previamente ya habías dicho que no: parece abstracto aquello de lo que de antemano hemos renegado. Si te dicen algo que te parece abstracto, debes comprometerte en ver cómo puedes hacerlo concreto, y al intentar hacerlo experimentable, tú lo aprendes»[87]. Esta es la decisión que cada uno debe tomar: seguir diciendo que es abstracto o tratar de hacer experiencia de lo que se nos dice. Y esta experiencia sólo la puedes hacer tú, personalmente, como la tengo que hacer yo. Sólo si lo que se me dice se convierte en experiencia podré comprender si es verdad o no, y entonces aparecerá ante mis ojos la razonabilidad, la evidencia, la claridad de esa correspondencia que estoy buscando. Por eso, amigos, si el carisma no se convierte en experiencia nuestra, permanecerá como algo abstracto.

Prosperi. Quisiera comprender la naturaleza del compartir y del convivir. Los apóstoles llegaron a adquirir certeza estando con Él, se apegaron a Él. En la primera lección se decía que seguir al maestro es identificarse con él, pero no apegarse a su persona. Pero los apóstoles se apegaron a Él.

Carrón. «Jesús no concebía la fascinación que suscitaba en los demás como algo que se refería a sí mismo, sino al Padre: se dirigía a él mismo para que Él nos pudiera conducir al Padre mediante su conocimiento y su obediencia»[88], afirma don Giussani. Es el mismo método – ¡idéntico! – del que hablaba el entonces cardenal Ratzinger en el funeral de don Giussani: «Don Giussani no quería realmente vivir para sí mismo, sino que dio la vida y, justamente por eso, encontró la vida no sólo para sí, sino para muchos otros. Realizó lo que hemos escuchado en el Evangelio: no quería ser el amo, quería servir; era un fiel servidor del Evangelio, distribuyó toda la riqueza de su corazón, distribuyó la riqueza divina del Evangelio, de la que estaba penetrado, y así, sirviendo, dando la vida, esta vida suya, ha

[87] L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op., cit., pp. 306-307.
[88] L. Giussani, *El hombre y su destino*, op. cit., p. 123.

dado un hermoso fruto – como vemos en este momento –, ha llegado a ser realmente padre de muchos y, precisamente por haber guiado a las personas no hacia sí mismo, sino hacia Cristo, ha conquistado los corazones, ha ayudado a mejorar el mundo, a abrir las puertas del mundo para el cielo»[89]. Este es el verdadero afecto. Identificarse con la experiencia de Jesús y con la experiencia de Giussani: esto es seguirles. No es una cuestión sentimental, sino que se trata de aprender una relación con la realidad, porque sólo si observamos cómo vivieron ellos su relación con la realidad podremos ver cómo se genera en nosotros una consistencia, una autoconciencia que hace posible que estemos ante cualquier circunstancia. El verdadero afecto es abrir nuestro ser al Misterio. La intención de Jesús para con sus discípulos es introducirles en el Misterio, y por eso no cede nunca a su medida, sino que reemprende la marcha constantemente, sin escandalizarse (como hemos visto muchas veces que hacía don Giussani con nosotros, sin escandalizarse de que no comprendiéramos nada). Lo mismo podemos hacer nosotros ahora, sin escandalizarnos, lentamente, pero siempre en lucha, sin tomar otro camino. En esto consiste la moralidad, que para nosotros no es ante todo la coherencia, sino la tensión hacia la verdad; no la justificación de la mentira, sino la tensión hacia la verdad. Por eso nos apegamos de verdad a las personas que nos abren a la totalidad. Primero decidimos si queremos caminar hacia el destino y la totalidad, y luego "cedemos" a la presencia de aquellos que quieren lo mismo. O bien "decidimos" nosotros a quién seguir, porque hemos establecido de antemano que nos importa un comino nuestra persona, que nos contentamos con menos de lo que corresponde a la exigencia de totalidad que tenemos. Los amigos son la consecuencia de lo que hemos decidido en nuestro corazón. Es una elección de la vida: Dios los crea y ellos se juntan… ¿Entendéis? Primero decidimos lo que queremos en la vida, y luego elegimos los amigos, porque van a donde queremos ir nosotros. Hace falta ser leal con el propio corazón, con la propia exigencia, para seguir a Jesús y a don Giussani.

Prosperi. Las dos últimas preguntas tienen que ver con la consistencia del "yo". Al hablar de Pedro, has dicho que la oscuridad no pudo eliminar la evidencia que había visto. Aquí radica la consistencia del "yo". ¿Por qué permite la consistencia del "yo" que exista todavía la experiencia de la oscuridad?

[89] Joseph Ratzinger, «Enamorado de Cristo. En un encuentro, el camino», Homilía en el funeral de don Luigi Giussani, Duomo de Milán, 24 febrero 2005, *Huellas-Litterae Communionis*, n. 3 (2005), p. 20.

La segunda: La crisis económica está afectando gravemente a mi vida laboral, despertando graves preocupaciones. He dicho y sigo diciendo que la realidad es positiva, pero igualmente tengo miedo, y por la noche no duermo a causa de las deudas. Me gustaría que me ayudaras a comprender este hecho aparentemente contradictorio.

Carrón. Jesús ha entrado en la historia y ha traído una presencia que ha fascinado a los que se encontraban con ella; no ha entrado en la historia para poner todo en su sitio. Desde que el Misterio empezó esta aventura fascinante de convertirse en compañero del hombre para que este pueda encontrarse a sí mismo, el método ha sido siempre el que nos ha testimoniado don Giussani. ¿Y cuál es este método? Lo vemos de Abrahán en adelante: para llegar a todos y a todo, Dios empezó eligiendo a uno. Cuando eligió a Abrahán, ¿puso Dios en orden la realidad y la historia? No, comenzó generando un "yo", dando consistencia a ese "yo", y por eso don Giussani nos hablaba de Abrahán como del "nacimiento del 'yo'", porque el "yo" sólo puede constituirse delante de una Presencia que le llama, que le atrae, que le despierta del sopor en el que cae tantas veces. Y esto no quiere decir entonces que alrededor de Abrahán cambiara todo de forma repentina. No. Cambió Abrahán. A veces también Abrahán se escandalizaba de los que tenía a su alrededor: «Pero, ¿por qué sois así?»… «Precisamente porque somos así, Dios te ha dado a ti la gracia, Abrahán; justamente porque somos así de incoherentes, de ciegos y de perezosos, y porque todo a nuestro alrededor está oscuro, Dios ha empezado dándote a ti la gracia para hacerte consistente, para empezar a generar un lugar en el que pueda ser vencida la oscuridad, en donde pueda ser vencido el nihilismo». Del mismo modo, Jesús no nos promete que todo irá bien, que no tendremos enfermedades, que no perderemos el trabajo o que siempre tendremos éxito. Esto es una concepción protestante calvinista: Dios existe si las cosas van bien. ¡Pero esto va en contra de toda la historia del pueblo de Israel! A diferencia de los demás pueblos – precisamente porque el modo de ser de Dios era distinto, Dios era otra realidad, distinta, irreductible – Israel pudo perderlo todo: el templo, la tierra, la monarquía, el poder; vivió además la experiencia del exilio. En cualquier otra situación esto habría supuesto el fin del dios, porque las divinidades de los otros pueblos estaban ligadas a la posibilidad de una victoria mundana. Cuando pensamos que si perdemos algún poder estamos derrotados, mostramos en dónde ponemos nuestra esperanza. Pero Cristo está generando un lugar en el que podemos encontrar una consistencia que nos permite afrontar todo, incluso la derrota, el exilio, para que podamos darnos cuenta de que la victoria no nos

la da ni la cantidad de caballos de nuestro ejército ni el número de puestos que tenemos, y así seamos reconducidos a esa purificación que necesitamos para experimentar la verdadera consistencia que nos lleva al Destino. Jesús no nos ha propuesto eliminar la oscuridad: Él mismo ha atravesado la oscuridad y la ha vencido, porque su consistencia es su vínculo con el Padre. Ni siquiera a Jesús se le ahorró la pasión, entrar en la oscuridad y en la muerte. ¿Y nosotros queremos ser sus discípulos, o a lo mejor pensamos que es mejor seguir a otro? La cuestión es si nosotros, también en el momento de la dificultad y del miedo, volvemos a donde volvió Él, es decir, al vínculo con el Padre, con Aquel que nos permite estar en pie ante cualquier circunstancia, y nos ayudamos unos a otros a ponernos delante de ese vínculo. Como dice Giussani en el capítulo décimo de *El sentido religioso*, quien tiene esta conciencia, quien tiene esta consistencia, quien tiene esta autoconciencia, «puede meterse en cualquier situación existencial con una tranquilidad profunda, con la posibilidad de estar alegre»[90]. Cuántas veces nos hemos maravillado al ver cómo afrontaban la muerte o la enfermedad muchos amigos nuestros. ¿Es que acaso se les ahorra algo por el hecho de haberse encontrado con Cristo? Nadie nos ha prometido esto. Jesús quiere generar un "yo", una criatura tan nueva que pueda mantenerse en pie ante cualquier circunstancia. Esta es la criatura nueva. El problema no es que se nos ahorre algo: no, sería poco, porque – como decía una de las cartas que leímos ayer – una persona podría conseguir curarse, el Señor puede hacer que se cure, pero la verdadera cuestión es que esto no es suficiente, la verdadera cuestión es si existe una respuesta adecuada ante la muerte, porque después de la curación tendremos que afrontar la muerte al final. Así es la criatura que quiere generar Cristo, y esta es la posibilidad para nosotros, para nuestros amigos, para nuestros seres queridos, para el mundo entero: que exista en la realidad, en la historia, en nuestro puesto de trabajo, en nuestra familia, entre nuestros amigos, un "yo" nuevo, un "yo" consistente. Esto sólo es posible si seguimos al maestro que se nos ha dado y que nos ha fascinado. No es algo automático, sino la consecuencia de un seguimiento; y todos sabemos que, cuando seguimos, llega esta consistencia: tenemos muchos testigos ante nuestros ojos, ahora, en estas circunstancias históricas; ¡no en la Edad Media o en la época de los Padres de la Iglesia, sino ahora! Lo vemos ante nosotros: seguir con sencillez la propuesta que Giussani nos ha hecho, testimoniada por él hasta el final, nos da la posibilidad de tener una consistencia que nos permite estar en pie ante todo.

[90] L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 153.

Avisos

Este año se celebra el trigésimo aniversario del reconocimiento pontificio de la Fraternidad, y precisamente por el agradecimiento que experimentamos por nuestra historia, me parece una ocasión favorable para retomar algunas cosas que dijo don Giussani sobre qué es la Fraternidad y sobre los grupos de Fraternidad.

Decía en una asamblea de la Fraternidad: «La vida de una Fraternidad es fundamentalmente un reclamo y una ayuda para vivir la relación con el propio destino [mirad qué tensión introduce desde la primera frase: un reclamo al propio destino, nada menos que esto]. Porque, amigos míos, debemos decírnoslo: no es humano vivir de otra forma, no es humano vivir con la cabeza metida dentro del saco. La diferencia entre el niño y el adulto es que el niño no tiene conciencia de la finalidad [es decir, del destino]. El adulto que actúa como un niño es un panoli, que no tiene conciencia de la finalidad. La mayoría de la gente vive así, como panolis, sin conciencia de la finalidad. Si el objetivo de la Fraternidad es reclamarse y ayudarse en esto, entonces [he aquí el valor de una serie de elementos de la vida de la Fraternidad] este es el valor de los momentos de oración. No es posible reconocerse como ayuda en el camino al destino si al mismo tiempo no se comparten las necesidades [cuando, como hemos visto, uno tiene problemas en el trabajo, o está enfermo, o bloqueado, podemos ayudarnos o ser cómplices]. No es posible que seamos cristianos en el mundo si no practicamos la caridad ante todo con aquellos compañeros de camino más cercanos a nosotros, por tanto compartir las necesidades hasta el fondo. En tercer lugar, la concepción misionera de la vida, porque la misión no es un aspecto particular de la vida, es la vida. Para una madre, una mujer que es ama de casa, es razonable su trabajo si ofrece por el mundo lo que hace, y criar a los hijos no tiene sentido alguno si no se hace por el Reino de Dios. Entonces, que la vida está en función del movimiento no es sino la traducción práctica de este ímpetu misionero, porque el movimiento no es otra cosa sino el modo, nuestro modo, aquel con el que hemos sido introducidos para vivir el mundo y la vida según el corazón de la Iglesia. De aquí se deriva concebir la propia vida, la vida familiar, la profesión, la educación de los hijos, el tiempo libre, las propias energías, el dinero, en función del movimiento, es decir, en función de algo más grande, en donde uno actúa con total libertad, porque sin libertad no sería una respuesta humana. Es mejor una respuesta del cero coma uno por ciento desde la libertad que una respuesta aparente del cincuenta por ciento sin libertad,

es más, del cien por cien sin libertad»[91]. Porque, como decía en otra ocasión, «el movimiento no lo hacemos crecer con iniciativas; hacemos crecer el movimiento si crecen personas maduras en la fe. Las iniciativas son un instrumento para esta maduración; si las iniciativas – nos dice – no son instrumentos para madurar en la fe, el movimiento no crece: serán cosas que hacen ilusión y satisfacen el amor propio de quien las hace, pero no hacen crecer el movimiento, tanto es verdad que siempre, cuando están planteadas de una cierta manera, están cerradas en sí mismas y generan divisiones, o mejor, extrañeza. En cambio, todas las iniciativas, desde el reparto de octavillas hasta la cooperativa que se crea, tienen que concebirse y afrontarse como instrumentos para interesar más, tanto a las personas que participan en ellas como a los extraños que las contemplan, en esta cosa grande que es la Presencia de Cristo, a la que pertenecen nuestra vida y la del mundo: porque si Cristo fuera más reconocido, estaríamos mejor todos, cien veces más, en esta tierra»[92].

Por ello, que vuestra preocupación no sea cómo organizar la vida del grupo, sino «preocupaos de lo que os he dicho antes: de ayudaros a vivir la memoria de Cristo, de quereros, no en el sentido sentimental del término, sino de compartir la necesidad, de prestar atención el uno al otro, de superar las antipatías, de perdonaros, y de "albergar dentro" una pasión por todo el movimiento»[93].

En un momento dado, don Giussani habla de la libertad que debemos tener incluso a la hora de buscar lo que más nos ayuda: «Si uno no se encuentra bien en el grupo… pues muy bien, se puede haber hecho el camino juntos durante tres años, y al tercer año uno se va y encuentra otra compañía, se crea otra solidaridad más adecuada, más libre con respecto a la situación que uno vive. No está dicho que una persona, por el hecho de que se haya pasado cinco años en un grupo de Fraternidad, deba permanecer en él hasta la eternidad»[94]. ¡Lo que más nos ayude! A veces, cuando uno se mueve porque se ahoga o porque encuentra un grupo más adecuado, produce escándalo en muchos. ¡Pero, ¿cómo es posible esto?! Es la finalidad, y la finalidad es el destino, no sólo estar reunidos en torno a la chimenea.

«Para no vivir también el grupo de Fraternidad con el esquematismo en el que incurre normalmente toda pertenencia a movimientos y

---

[91] Assemblea della Fraternità di Comunione e Liberazione Marche, Loreto 15 enero 1984, Archivo de CL.

[92] L. Giussani, *La Fraternidad de Comunión y Liberación*, op. cit., p. 168.

[93] *Ibidem*, p. 73.

[94] Assemblea della Fraternità di Comunione e Liberazione Marche, Loreto 15 enero 1984, Archivo de CL.

asociaciones, hay que ser libres. Y la libertad, si no quiere ser un escoger según los propios gustos o instintividad, es saber escoger y valorar aquellas presencias en nuestra vida que más intensamente nos reclaman a nuestro destino»[95]. Este sería el criterio para elegir el grupo de Fraternidad. Esto tampoco lo elegimos nosotros, sino que lo reconocemos: aquel que más abundantemente nos reclama al destino. La Fraternidad es una obediencia, como es una obediencia el movimiento, como es una obediencia el maestro: como estamos necesitados hasta la médula, ¿cuál es la cuestión? Que encontremos a aquel que más nos provoca, que más nos ayuda, que más nos despierta. Para esto se necesita una gran libertad. Pero muchas veces en los grupos si uno se mueve parece que no quiere a los demás… ¡no! A lo mejor, que uno se mueva – porque Dios da la gracia a uno para moverse – puede ser una oportunidad para que el grupo despierte, porque el método de Dios es siempre el mismo: dar la gracia a uno, si no se trata de una acción puramente sentimental, para llegar a todos.

Por eso, «saber escoger y valorar aquellas presencias […] que más intensamente nos reclaman a nuestro destino, a la finalidad de la vida, y más nos ayudan a cumplir con nuestro deber, a realizar nuestra tarea. La vitalidad de nuestra fe no puede circunscribirse al grupo. La vida del grupo es como la vida de familia. La vida de familia no tiene como objetivo circunscribir la existencia al ámbito de la familia misma: es la muerte de la personalidad. La familia es como el *input*, que la naturaleza pone y desarrolla en el hombre, para ampliar su interés y alargar sus brazos a todo el mundo. La familia, de hecho, nace como educadora de la relación con el mundo entero. Del mismo modo, el grupo tiene que favorecer un *input* análogo. Si viviendo la vida del movimiento uno se encuentra con personas, cosas o situaciones con las que se siente en consonancia, se siente ayudado, uno no tiene que sentirse bloqueado por una falsa lealtad hacia su grupo [¡son sus palabras! ¡Cuánto esquematismo para justificar nuestra connivencia y nuestra pasividad!]: se hace amigo de cualquiera, con libertad, y esto le ayudará más con su grupo»[96].

Debería ser el mismo grupo el que animara estos movimientos, porque que uno se mueva supone una gracia para todos. Lo vemos entre nosotros: la gracia que se da a uno es un bien para todos. Por ello, miremos qué experiencia hacemos en nuestros grupos, para no ser cómplices.

---

[95] L. Giussani, *La Fraternidad de Comunión y Liberación*, op., cit., p. 82.
[96] *Ibidem*, pp. 82-83.

Fondo común

Os recuerdo la importancia del Fondo común, el valor de este gesto. Ya hablamos de ello el año pasado, lo podéis retomar en el cuadernillo de los Ejercicios de 2011. Añado únicamente una cosa: algunas personas, que tienen serias dificultades a causa de la difícil situación económica, no han cancelado su cuota a la espera de tiempos mejores, sino que la han reducido, y esto es algo conmovedor; dice mucho de nuestra educación, porque no es un problema de cantidad. Una persona puede sentirse humillada al no estar en condiciones de seguir aportando la misma cantidad, pero puede permanecer fiel. ¿Hay alguno entre nosotros que no pueda dar un euro? Que se diga a sí mismo si no es capaz de esto. Por eso no hay excusa alguna para no pagar el Fondo común, porque lo que nos interesa no es la cantidad, sino la educación. Figuraos si con el dinero podemos resolver algo… La fidelidad al Fondo común es signo de lo importante que se considera este gesto para la propia vida, como agradecimiento por lo que se vive en la Fraternidad.

Algunos nuevos inscritos han preguntado si hay una cantidad estándar para el Fondo común. ¡No! Don Giussani siempre nos ha dicho que la cantidad es libre, como decía antes, que lo importante es la fidelidad a este gesto y no la cantidad.

Huellas

Os recuerdo que *Huellas* es la revista oficial del movimiento y que es el único instrumento, además de la web de CL, del que nos sentimos directamente responsables.

En los avisos encontraréis la propuesta de una difusión extraordinaria del número de mayo, dedicado al gran encuentro de las familias con el Papa. Yo quisiera relanzar el gesto de la difusión pública en los distintos ambientes de vida (trabajo, escuela, universidad, parroquias, conocidos, amigos), porque hemos visto que es una gran ocasión educativa para todos, y es la posibilidad de dar a conocer la experiencia de nuestra comunidad allí donde se vive. Como manifiesta esta amiga que nos escribe: «Hablamos de la difusión de *Huellas* en nuestra comunidad. Ya nadie la difundía a la salida de las parroquias. Empecé a hablar de ello con mis amigos en la Escuela de comunidad. Uno se tomó en serio este reclamo, y ha empezado a difundir la revista a la salida de la misa a la que acude. Ante las objeciones de los que dicen que no tienen tiempo, que encuentran el lenguaje difícil, les ha invitado a leer la revista en su casa, terminando con una cena juntos. El grupo de lectura mensual sigue adelante, con invitados y personas nuevas que se añaden. Dos personas vienen a la Escuela de comunidad, y es un dato importante porque si no, corremos el riesgo de que se quede todo en

un encuentro sentimental de inspiración cristiana. Ahora hemos propuesto difundir la revista en más misas porque otras personas han empezado a ayudarnos. Hemos aumentado el número de ejemplares, y me parece un milagro, porque nos hemos tomado en serio la indicación como trabajo para nuestra vida, no como militancia casi obligada. Esta comunicación de la experiencia lleva a dilatar el corazón y a ponerse a trabajar para uno, para dar razón de lo que hemos encontrado». Además de la difusión pública, sugiero también la que se realiza a nivel personal. Muchas veces uno se encuentra hablando de ciertos temas, y puede encontrar en un artículo de la revista una ocasión para ofrecer a los demás una perspectiva distinta. A veces, en el diálogo con compañeros, amigos o conocidos podemos encontrar ocasiones para dar a conocer la revista a partir de un artículo en particular o de un tema que les interesa, y de este modo les abrimos a la totalidad. Los artículos, entrevistas y juicios contenidos en la revista son con frecuencia un punto de encuentro y de diálogo con personas con las que entramos en relación por motivos de trabajo u otros motivos. Por tanto, usémosla como ocasión de testimonio.

Oración de invocación a don Giussani

Para responder a la exigencia, que ha brotado en la vida de muchas personas tras la petición de apertura de la causa de beatificación de don Giussani, de poder invocar su intercesión de forma ordenada y correspondiente con la verdadera naturaleza de su carisma, la Fraternidad ha solicitado y obtenido de la autoridad eclesiástica competente la aprobación de una oración destinada – ¡atención! – a la devoción privada, la única admitida por la Iglesia en relación a un Siervo de Dios como es don Giussani.

Os recomendamos vivamente evitar la composición y difusión de otras formas de oración. La Fraternidad desaprueba cualquier iniciativa a este respecto.

Encuentro Mundial de las Familias con el Papa

La Fiesta de los testimonios, que tendrá lugar el sábado 2 de junio por la tarde, y la Misa Solemne del domingo 3 de junio, son los dos momentos en los que participará Benedicto XVI dentro del marco del Encuentro Mundial de las Familias. Este evento es la ocasión para vivir un testimonio de la originalidad de nuestro carisma en los ámbitos en los que estamos y con todas las personas que conocemos. Os invito a tomaros en serio la invitación y a promoverla entre vuestros amigos y colegas, en las parroquias y en las diócesis.

Os leo el telegrama que hemos enviado a Su Santidad: «Santidad, veinticinco mil seguidores de la Fraternidad de Comunión y Liberación han participado en Rímini en los tradicionales Ejercicios espirituales, meditando sobre la frase de san Pablo: "Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí". Algunos miles más han participado conectados por vídeo desde 13 países europeos. En estos días hemos experimentado de nuevo a Cristo como respuesta a lo que somos cada uno de nosotros, verificando que sólo una toma de conciencia atenta, tierna y apasionada de nosotros mismos nos abre de par en par a reconocerlo presente aquí y ahora, el Único que supera la fractura entre saber y creer que Vuestra Santidad indica como "el" problema de los cristianos hoy en día. En efecto, si Cristo no vive en nosotros, el dualismo vence y domina el nihilismo. Don Giussani aceptó vivir a la altura de su humanidad, y no se sustrajo a la mirada de Cristo, y por eso ha marcado el camino de cada uno de nosotros, en el seguimiento al Papa y a su Iglesia, testimoniándonos con su misma experiencia que sólo Jesús corresponde a la espera del corazón en su totalidad. Llenos de entusiasmo por Vuestra persona, que da carne y sangre al mensaje pascual – "Si Jesús ha resucitado, entonces ha ocurrido algo realmente nuevo, que cambia la condición del hombre y del mundo. El resucitado no pertenece al *pasado*, sino que *está presente* hoy, vivo" – esperamos encontrarnos con Pedro en Milán junto a todas las familias del mundo. Santidad, reciba el afecto de nuestro corazón».

SANTA MISA

Liturgia de la Santa Misa: Hch 3,13-15.17-19; Sal 4; Lc 24,35-48

HOMILÍA DE SU EMINENCIA EL CARDENAL MARC OUELLET
PREFECTO DE LA CONGREGACIÓN PARA LOS OBISPOS

Queridos amigos,

«Cristo resucitado se apareció a sus discípulos y les dio su paz».

Este es el anuncio que resume no sólo el sentido de la liturgia de hoy, sino también el núcleo del acontecimiento cristiano, es más, el sentido de toda la Sagrada Escritura.

«Cristo resucitado» es ese hombre único que asombró como nadie a sus contemporáneos, pero también a los hombres de todos los siglos. Este hombre lleva consigo una medida de lo humano que excede nuestras capacidades, pero que despierta y radicaliza la exigencia de sentido del corazón humano. Terminó en la cruz porque su pretensión de venir de lo alto escandalizó a las autoridades y a sus seguidores. Su desafío continúa a lo largo de los siglos. Son incontables los intentos de hacerlo entrar en el horizonte de la razón histórica de la humanidad.

1. Este hombre, Cristo, no sólo resucitó, sino que se apareció de forma misteriosa a los suyos, dándose a conocer, dejándose tocar, invitándoles a creer a pesar del *shock* de su destino trágico. No apareció de cualquier forma, sino con el deseo de formar testigos de una realidad nueva, irreductible a las categorías del mundo, una realidad profundamente inteligible mediante la inteligencia de las Escrituras. «Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí».

2. La pretensión inaudita de Jesús había terminado con la crucifixión y la victoria del Resucitado sobre la muerte. Sus apariciones permitieron a los discípulos comprender su identidad presente: su estar ahí, vivo, más allá de la muerte, más vivo que ellos, sin estar sometido a los lazos del espacio y del tiempo, sino plenamente libre para manifestárseles. Ahora podían comprender quién era Él, de dónde venía y a dónde había vuelto después de su recorrido obediente al camino de la encarnación. Era verdaderamente el Mesías, el Hijo unigénito, Revelador del Padre, el mediador del Espíritu.

3. Todo esto está contenido en el saludo que resume en sí todos los bienes mesiánicos: ¡Shalom! «La paz esté con vosotros». Un saludo de paz lleno de sentido y repetido en distintas ocasiones. Os doy la Paz, mi paz,

no como la da el mundo, porque mi paz contiene el perdón de vuestros pecados, vuestra reconciliación con Dios y entre vosotros, y una nueva vía de comunión que no es de este mundo. Es la «*Paz de la que el mundo se ríe, pero que no puede arrebatar*» (Manzoni, *La Pentecoste*).

4. «*La Paz esté con vosotros*». Recibidla de mí no sólo como la revelación de que *Yo soy* (Εγω ειμι), sino también como revelación de lo que sois vosotros, amigos míos: ¡sois *hijos de Dios*! Recibidla en plenitud para comprender y abrazar lo que sois por gracia. Cristo exhala sobre ellos y sobre nosotros *su Espíritu*, que hace nuevas todas las cosas. Este Soplo creador une por tanto *la identidad de sus discípulos con la Suya* en una convivencia ahora definitiva e indestructible. Una convivencia que constituye la identidad de la Iglesia y que impulsa a cada comunidad a ser testigo del Resucitado ante el mundo.

5. ¿Cómo encarnar este testimonio cuando se es consciente de haber recibido el don de una convivencia privilegiada con Cristo Resucitado? Esta es la pregunta de vuestros Ejercicios espirituales, que se han desarrollado bajo la expresión paulina: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí». Responder en serio a esta pregunta, más aún, a este desafío existencial, ha sido el objetivo de la oración y de la reflexión de estos días.

6. Partamos ahora del evento que nos reúne, llamado por nuestros hermanos de oriente «la Divina Liturgia», para captar otro rasgo esencial de nuestra relación vital con Cristo. ¿Qué produce en nosotros el encuentro sacramental con Cristo? ¿Cómo asegurar que sea siempre nuevo y regenerador? Para evitar la rutina y la mediocridad, hay que tratar de no reducir la Divina Liturgia a devoción, es decir, a una serie de ritos, de deberes, de sentimientos y actitudes gestionados por nosotros en nuestra relación con Dios. Por el contrario, debemos vivirla a la luz de las apariciones del Resucitado, es decir, como un encuentro que deja *huellas*.

7. La liturgia es, en efecto, la irrupción del Señor Resucitado en nuestra historia, a través de la sencillez de la palabra proclamada y de la humildad de los ritos. No es una representación nuestra, sino un evento que no puede ser domesticado: es la encarnación de una Palabra viva y plena, que alcanza y recapitula todos los espacios y momentos de nuestra vida humana. La liturgia envuelve en luz pascual nuestra existencia y nos da por tanto ojos para ver los signos del Señor presente en toda nuestra vida.

8. La irreductibilidad del evento de Cristo, lo incontrolable de sus apariciones, la plenitud de su paz desborda de la Sagrada Liturgia. ¿No es acaso este uno de los mensajes más decisivos del papa Benedicto XVI? Pensemos un poco y veremos que el sentido del evento de Cristo, que cautivó de forma similar a don Giussani y a Joseph Ratzinger, tiene una raíz

pascual común; su fascinación por la figura de Cristo brota del encuentro personal con el Verbo encarnado en el misterio eucarístico, que ilumina el modo más lineal, discreto y totalizante de su presencia en la trayectoria concreta de toda la vida humana y de todos los hombres.

9. «*Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*». Creer en Él, ser uno con Él, quiere decir pertenecer a su cuerpo eucarístico y eclesial. Esta pertenencia confiere a la vida humana una plenitud de sentido que arrastra nuestra experiencia personal más allá de nosotros mismos hasta la experiencia de la comunión eclesial.

10. El intercambio de identidad entre Cristo y yo brota del evento del Bautismo, pero se cumple en la paz de la comunión eucarística. Justamente porque nuestra experiencia humana concreta y cotidiana está envuelta en el misterio de la comunión eucarístico-eclesial, nuestras relaciones humanas, familiares, de amistad y sociales están, por así decir, habitadas y tienden hacia un intercambio de dones que incluye nuestra misma identidad: «*Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*».

11. Siempre se puede reducir por pereza y mediocridad el evento de la comunión eucarística a devoción, pero por su parte, Cristo nos ofrece en ella nada menos que la comunión trinitaria, derramada en los corazones mediante su cuerpo repleto del Espíritu Santo.

12. «*La paz esté con vosotros*» expresa, por tanto, la acción de Dios que actualiza *aquí para nosotros* en el sacramento el proceso de divinización de todo nuestro ser y de toda nuestra acción. En la Eucaristía, misterio de comunión con el cuerpo glorificado de Cristo, semilla de inmortalidad (cf. San Gregorio de Nisa, *Discurso catequético* XXXVII: PG 45,97), se realiza la participación en la vida divina. Injertados en Cristo, «los hombres se vuelven dioses e hijos de Dios, … el polvo es enaltecido a un grado de gloria tal que es ahora igual en honor y deidad a la naturaleza divina» (Nicolás Cabasilas, *La vida en Cristo*, I: PG 150,505) [cf. Orientale Lumen n. 6]

Acojamos la presencia del Resucitado con gratitud y gran alegría según los términos propuestos por la oración colecta inicial:

Exulte siempre tu pueblo, oh Padre, / por la renovada juventud del espíritu, / y al igual que hoy se alegra por el don de la dignidad filial, / así preguste en la esperanza / el día glorioso de la resurrección.

13. Confortados por esta oración de la Iglesia, confiémonos al Soplo del Resucitado y dejémosle plasmar íntimamente nuestra respuesta a la Palabra del Maestro mientras nos postramos en adoración: «Tú eres mío y Yo soy tuyo, te he comprado a un alto precio, a precio de mi sangre derramada, sé mío como Yo soy tuyo. Somos una sola cosa, un solo cuerpo, un solo Espíritu. Recibe lo que eres, mi cuerpo, y permíteme seguir cami-

nando sobre la tierra en medio de los hombres gracias a ti, a tu corazón entregado a mí, a tu espíritu habitado y transformado por mi amor. He venido en la carne no para abandonar después la carne, sino para hacer de toda la humanidad mi cuerpo. Tú eres, junto a tus amigos y mis amigos, la profecía del destino de todos. Que todos sean Uno».

14. Queridos amigos, alabemos al Señor con profunda alegría y gratitud mientras nos ofrecemos para ser sus testigos con la potencia de su Espíritu. Que nuestro testimonio sea humilde y valiente, que no sea cosa nuestra sino suya, más vivo en nosotros que nosotros mismos.

Que su abrazo de Paz llegue a ser nuestro abrazo personal y eclesial, un abrazo que es sacramento de su Paz para el mundo. Amén.

ANTES DE LA BENDICIÓN

Julián Carrón. Querida Eminencia, deseo en nombre de todos darle las gracias, ante todo por su participación en nuestros Ejercicios. Permítame darle las gracias además por su amistad de muchos años y por la cordialidad con la que presta atención a nuestra experiencia. Por último, pero no menos importante, deseamos expresarle nuestro reconocimiento por el testimonio de una verdadera identificación con Pedro en su delicada tarea al servicio de Aquel que es el dulce Cristo en la tierra, especialmente en estos tiempos tan duros y confusos. Gracias, eminencia.

Cardenal Ouellet. Queridos amigos, antes de despedirme, quiero daros otra vez las gracias por el gran privilegio de haber celebrado con vosotros la Santa Eucaristía a la luz del Resucitado. Es sin duda una gracia para mí ser acogido en vuestra comunión en uno de los momentos más significativos de vuestro itinerario espiritual. Dios os lo pague cien veces.

Quisiera añadir mi agradecimiento por otro motivo. Todos conocen la amistad que sigue floreciendo y dando fruto entre Comunión y Liberación y el Santo Padre Benedicto XVI. Os agradezco mucho vuestra contribución escondida y pública a su gran pontificado. Os encomiendo a cada uno de vosotros, a vuestras familias y todas vuestras obras a María. Pedid vosotros también por mí.

¡Gracias!

MENSAJES RECIBIDOS

«Ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (*Ga* 2,20)

Queridos amigos, también este año deseo hacerme presente con ocasión de los Ejercicios, gesto decisivo para la vida personal y de toda la Fraternidad de Comunión y Liberación.

«*Yo, pero ya no yo*», así es como se apropió Benedicto XVI en la asamblea eclesial de Verona de la profunda afirmación paulina, a la que está dedicada vuestro encuentro.

Cada uno de nosotros, traspasado por esta afirmación, experimenta un sobresalto: por una parte somos conducidos a un «espacio nuevo», somos abiertos de par en par a un horizonte cumplido por el deseo que nunca abandona nuestro corazón; por otra parte, sin embargo, casi como un contragolpe inexorable, nos asalta enseguida el miedo a nuestra incapacidad para realizar esta aspiración definitiva.

A medida que pasan los años, la naturaleza paradójica de este sobresalto amenaza con cansar nuestro corazón, con debilitar nuestra fe, con frenar la belleza de comunicar a Jesucristo, único salvador y redentor.

Don Giussani indicaba justamente, como antídoto a este riesgo, la figura moral de la «reanudación».

Que cada uno pida a la Misericordia, que es Jesús mismo muerto y resucitado, la energía para esta reanudación.

Encomendémonos a María.

Desde Czestochowa os saludo y os bendigo en el Señor.

S.E.R. cardenal Angelo Scola
Arzobispo de Milán

¡Querido don Julián!

El tiempo que pasa nos hace estar cada vez más ciertos de la imponencia en la vida y en la historia de Cristo, Dios hecho hombre, muerto en la cruz y Resucitado.

El tiempo que pasa hace más evidente que Cristo no ha venido para hacernos más perfectos: es suficiente con mirar a la historia, al mundo dos mil años después de Su venida, o con mirarnos a nosotros humilde y sinceramente: «Vosotros no conocéis nada en el inmenso universo que no sea el instrumento de una infelicidad» (Péguy). Cristo ha sido el portador de una novedad experimentable en nuestra vida y en la historia: Él mismo presente, que cambia, transfigurándolos, al hombre y al mundo (Juan Pablo II). «Nuestro Señor Jesucristo, después de haber muerto en la cruz por nuestros

pecados y haber ascendido al cielo, no dejó el mundo como lo había encontrado, sino que dejó tras de sí un don precioso. Dejó en el mundo eso que antes no había: un refugio secreto, para que podamos gozar de la fe y del amor donde quiera que lo encontremos» (Newman).

De este modo, el tiempo que pasa se convierte cada vez más en la misericordia de Dios que vuelve a crear, en la acción visible del Resucitado que «en esta alegría pascual nos hace de nuevo inocentes». Es el espectáculo de su pueblo, del pueblo que es su casa entre los hombres (Hebreos), que el Resucitado genera, de modo que todo nuevo inicio, como el gesto imponente de los Ejercicios, se convierte en camino y morada.

Acompaño el gesto de los Ejercicios de la Fraternidad con mi pobre oración y mi ofrecimiento.

Tuyo por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo Resucitado.

S.E.R. monseñor Paolo Pezzi

Arzobispo de la Madre de Dios en Moscú

Queridísimo don Julián Carrón,

Llegue a ti y a todos los amigos del movimiento mi saludo y mi oración por el buen resultado de estos Ejercicios espirituales de Comunión y Liberación. Después de veintiséis años de misión en Brasil, iniciada por invitación de don Giussani, he vuelto hace pocos meses a Italia, a la archidiócesis de Taranto. Me encuentro inmerso en compromisos con el mundo eclesial y con la sociedad civil, que atraviesa un momento muy delicado por un conflicto entre la salvaguarda del puesto de trabajo y la defensa de la salud y del medio ambiente.

Se trata de una circunstancia difícil para toda la sociedad italiana y europea, pero es también una gran oportunidad para mostrar a todos la esperanza que hay en nosotros por la inmensidad del carisma de don Giussani que hemos encontrado. Él nos ha hecho partícipes de la experiencia de san Pablo que figura como lema de estos Ejercicios: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí». Este es el hecho dominante de nuestra vida en las circunstancias que el Señor nos llama a afrontar. De este modo todo es distinto y más verdadero.

Lleno de confianza me uno a todos vosotros en este momento de gracia, pidiendo para todo el movimiento la disponibilidad a seguir el paso que nos indicas y ofreces a cada uno de nosotros.

Invocando la bendición del Señor y la protección de la Gran Madre de Dios, os saludo cordialmente.

S.E.R. monseñor Filippo Santoro

Arzobispo de Taranto

TELEGRAMAS ENVIADOS

Su Santidad
Benedicto XVI

Santidad, veinticinco mil seguidores de la Fraternidad de Comunión y Liberación han participado en Rímini en los tradicionales Ejercicios espirituales, meditando sobre la frase de san Pablo: "Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí". Algunos miles más han participado conectados por vídeo desde 13 países europeos.

En estos días hemos experimentado de nuevo a Cristo como respuesta a lo que es cada uno de nosotros, verificando que sólo una toma de conciencia atenta, tierna y apasionada de nosotros mismos nos abre de par en par a reconocerlo presente aquí y ahora, el Único que supera la fractura entre saber y creer que Vuestra Santidad indica como "el" problema de los cristianos hoy en día. En efecto, si Cristo no vive en nosotros, el dualismo vence y domina el nihilismo. Don Giussani aceptó vivir a la altura de su humanidad, y no se sustrajo a la mirada de Cristo, y por eso ha marcado el camino de cada uno de nosotros, en el seguimiento al Papa y a su Iglesia, testimoniándonos con su misma experiencia que sólo Jesús corresponde a la espera del corazón en su totalidad.

Llenos de entusiasmo por Vuestra persona, que da carne y sangre al mensaje pascual – "Si Jesús ha resucitado, entonces ha ocurrido algo realmente nuevo, que cambia la condición del hombre y del mundo. El resucitado no pertenece al *pasado*, sino que *está presente* hoy, vivo" – esperamos encontrarnos con Pedro en Milán junto a todas las familias del mundo.

Santidad, reciba el afecto de nuestro corazón.

Sac. Julián Carrón

S.E.R. cardenal Angelo Bagnasco
Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana

Eminencia Reverendísima, los veinticinco mil seguidores de la Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos en Rímini para los Ejercicios espirituales sobre el tema «Ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí», renuevan la voluntad de colaborar con la Iglesia italiana en la inmensa obra de

testimoniar que sólo en Cristo encuentra el hombre paz y una razón creíble para vivir, tanto más necesaria en este momento de crisis y de confusión.

Sac. Julián Carrón

S.E.R. cardenal Stanisław Ryłko
Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos

Eminencia Reverendísima, veinticinco mil *christifideles* seguidores de la Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos en Rímini para los Ejercicios espirituales sobre el tema «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí», y algunos miles más en conexión por vídeo desde trece países europeos, confirman el compromiso de testimoniar el cambio profundo que realiza Cristo en los que se dejan aferrar por Él.

Sac. Julián Carrón

S.E.R. cardenal Angelo Scola
Arzobispo de Milán

Queridísimo Angelo, tus palabras nos han provocado a ser todavía más dóciles – humillados y por eso humildes – y disponibles a esa reanudación que sólo el misterio de Cristo resucitado, por tanto contemporáneo a cada uno de nosotros, puede llevar a cabo en nuestra vida. La conciencia dolorosa de la inconsistencia de nuestro "yo", que provoca un "sobresalto" de miedo y de duda, urge en nosotros la memoria de Cristo, y nos empuja a seguir con mayor conciencia todavía el camino que don Giussani ha recorrido, testimoniándonos con su misma vida que la fe es la suprema racionalidad, y que ningún éxito o poder es capaz de satisfacer nuestro corazón.

A la espera del gran encuentro del Santo Padre con las familias del mundo, encomendamos tus intenciones a la Virgen de Caravaggio, al tiempo que te pedimos que reces por la conversión de cada miembro de la Fraternidad.

Sac. Julián Carrón

S.E.R. monseñor Filippo Santoro
Arzobispo de Taranto

Querida Excelencia, agradecidos por tu mensaje, pedimos desde Rímini por tu nuevo ministerio pastoral, seguros de que la fidelidad a esa forma

de enseñanza a la que hemos sido confiados seguirá siendo la fuente del criterio para ser testigo ante tu pueblo de que Cristo es el único en cuya mirada es abrazado y salvado nuestro drama y el de nuestros hermanos los hombres.

Sac. Julián Carrón

S.E.R. monseñor Paolo Pezzi
Arzobispo de la Madre de Dios en Moscú

Querida Excelencia, agradecidos por tu oración por nuestros Ejercicios, hemos tenido de nuevo experiencia de Cristo resucitado por la novedad que ha introducido en nuestra vida, frágil pero cierta de que Él es el Señor. Que la Virgen de la Ternura haga de tu vida un testimonio cada vez mayor de Cristo, lo más querido para nosotros, en el camino marcado por don Giussani.

Sac. Julián Carrón

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA

A cargo de Sandro Chierici

(Guía de las imágenes tomadas de la Historia del arte que acompañaban a la audición de piezas de música clásica a la entrada y a la salida)

Las catacumbas son el lugar en el que se encuentran las primeras expresiones del arte cristiano. Un arte que nace ligado al culto de los muertos, porque la victoria sobre la muerte – la barrera última contra la que chocaban todos los cultos antiguos – está en el corazón de la experiencia de las primeras comunidades cristianas. La historia de la salvación, relatada en sus episodios principales, está recorrida por entero por esta mirada dirigida a Cristo, que con Su resurrección ha vencido para siempre la muerte, y con Su sacrificio ha abierto para el hombre la posibilidad de una compañía para siempre.

1. Roma, Catacumba de Comodila, Chi-Ro, alfa y omega
2. Ciudad del Vaticano, Colección del camposanto teutónico, Lápida fúnebre con Chi-Ro, alfa y omega y dos palomas
3. Roma, Coementerium majus, Adán y Eva
4. Roma, Catacumba de la vía Latina, El sacrificio de Caín y Abel
5. Roma, Catacumba de la vía Latina, Abrahán y los tres ángeles
6. Roma, Catacumba de Priscila, El sacrificio de Isaac
7. Roma, Catacumba de san Sebastián, El sacrificio de Isaac
8. Roma, Catacumba de la vía Latina, El sueño de Jacob
9. Roma, Hipogeo de vía Dino Compagni, Sansón rechaza a los filisteos
10. Roma, Hipogeo de vía Dino Compagni, Balaán y la burra
11. Roma, Catacumba de san Sebastián, Los tres jóvenes en el horno ardiente
12. Roma, Catacumba de Priscila, Los tres jóvenes en el horno ardiente
13. Roma, Catacumba de los santos Pedro y Marcelino, Daniel en el foso de los leones
14. Roma, Catacumba de san Calixto, Daniel en el foso de los leones
15. Roma, Catacumba de san Sebastián, El paso del Mar Rojo
16. Roma, Catacumba de san Sebastián, El carro de fuego
17. Roma, Catacumba de los santos Pedro y Marcelino, El milagro de la fuente de Moisés
18. Roma, Catacumba de san Sebastián, El sueño de José
19. Roma, Catacumba de los santos Pedro y Marcelino, Jonás arrojado al mar
20. Roma, Hipogeo de los Aurelios, Jonás arrojado al mar
21. Roma, Catacumba de san Sebastián, Jonás escupido por el monstruo
22. Roma, Catacumba de san Sebastián, El descanso de Jonás
23. Roma, Catacumba de los santos Pedro y Marcelino, El bautismo de Jesús
24. Roma, Catacumba de Priscila, Jesús el buen pastor
25. Roma, Catacumba de san Calixto, Jesús el buen pastor

26. Roma, Hipogeo de Trebio, Jesús el buen pastor
27. Roma, Hipogeo de los Aurelios, El sermón de la montaña
28. Roma, Catacumba de la vía Latina, La multiplicación de los panes
29. Roma, Catacumba de los santos Pedro y Marcelino, La curación de la mujer encorvada
30. Roma, Catacumba de los santos Pedro y Marcelino, La samaritana en el pozo
31. Roma, Hipogeo de vía Dino Compagni, La samaritana en el pozo
32. Roma, Catacumba de los santos Pedro y Marcelino, La curación de la hemorroísa
33. Roma, Catacumba de san Sebastián, cubículo C, La resurrección de Lázaro
34. Roma, Catacumba de los santos Pedro y Marcelino, La resurrección de Lázaro
35. Roma, Catacumba de san Calixto, La resurrección de Lázaro
36. Roma, Catacumba de Domitila, Cristo entre los apóstoles
37. Roma, Catacumba de vía Anapo, Cristo entre los apóstoles
38. Roma, Catacumba de Domitila, Cristo y los apóstoles
39. Roma, Catacumba de Priscila, Banquete eucarístico
40. Roma, Catacumba de los santos Pedro y Marcelino, Banquete eucarístico
41. Roma, Catacumba de san Calixto, Banquete eucarístico
42. Roma, Catacumba de san Calixto, Pez eucarístico
43. Tabgha (Israel), Iglesia de la Multiplicación de los panes, La multiplicación de los panes, mosaico del pavimento
44. Roma, Catacumba de Comodila, La negación de Pedro y el gallo
45. Roma, Hipogeo de los Aurelios, Un apóstol
46. Roma, Confesión bajo la Basílica de los santos Juan y Pablo, Un santo orante
47. Roma, Catacumba de vía Latina, Retrato de una joven
48. Roma, Catacumba de vía Latina, Retrato de una joven, detalle
49. Roma, Catacumba de los santos Pedro y Marcelino, Figuras de santos
50. Roma, Catacumba de Domitila, Figuras de santos
51. Roma, Hipogeo de Trebio, Escena de construcción
52. Roma, Hipogeo de Trebio, Escena de conversación
53. Roma, Catacumba de san Sebastián, Cubículo C, La resurrección de Lázaro
54. Roma, Catacumba de san Sebastián, Noé en el arca
55. Roma, Catacumba de Priscila, Orante llamada *Velatio*
56. Roma, Catacumba de Priscila, Conjunto de la luneta de la *Velatio*
57. Roma, Catacumba de los Jordanos, Orante
58. Nápoles, Catacumba de san Genaro, Arcosolio de la familia de Teotecnus
59. Roma, Catacumba de Priscila, Madre con el niño
60. Roma, Coementerium majus, Virgen orante con el Niño
61. Roma, Santa María la Antigua, Virgen con el Niño
62. Roma, Santa María la Antigua, Figura de santo
63. Roma, Catacumba de Comodila, Virgen con el Niño y santos
64. Roma, Catacumba de los santos Pedro y Marcelino, Cristo entre san Pedro y san Pablo
65. Roma, Catacumba de Comodila, Busto de Cristo

Índice

MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI 3

Viernes 20 de abril, por la noche

INTRODUCCIÓN 4

SANTA MISA – *HOMILÍA DE DON STEFANO ALBERTO* 12

Sábado 21 de abril, por la mañana

PRIMERA MEDITACIÓN – ***Un maestro al que seguir*** 13

Sábado 21 de abril, por la tarde

SEGUNDA MEDITACIÓN – ***El camino a la autoconciencia: una experiencia vivida*** 29

SANTA MISA – *HOMILÍA DE DON MICHELE BERCHI* 51

Domingo 22 de abril, por la mañana

ASAMBLEA 53

SANTA MISA – *HOMILÍA DE S.E.R. CARDENAL MARC OUELLET PREFECTO DE LA CONGREGACIÓN PARA LOS OBISPOS* 73

MENSAJES RECIBIDOS 77

TELEGRAMAS ENVIADOS 79

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA 82

Suplemento de la revista *Huellas – Litterae Communionis*, n. 6, junio de 2012

Maquetación: Ultreya
Impresión: IMPRESOS Y REVISTAS S.A. IMPRESA